

LA FE

ANTE

LA CIENCIA MODERNA

INTERESANTE Y UTIL OPUSCULO  
*necesario á los Católicos actuales, en  
que se exponen todos los errores  
de la ciencia moderna.*

PUBLICADO POR EL NOTABLE ESCRITOR

MONS. SEGUR

Y TRADUCIDO POR

F. OBIOLS.



MEXICO.

LIBRERIA CATOLICA "EL TIEMPO"

DE J. I. GLORIA

AVILA, EL REAL NUMERO 21.

1894.



12

4

1





1080020810



LA FE

ANTE

# LA CIENCIA MODERNA

INTERESANTE Y UTIL OPUSCULO  
*necesario á los Católicos actuales, en  
que se exponen todos los errores  
de la ciencia moderna,*

PUBLICADO POR EL NOTABLE ESCRITOR

MONS. SEGUR

Y TRADUCIDO POR

F. L. OBIOLS.



Capilla Alfonsina

Biblioteca Uniconstitucional

MEXICO.

LIBRERIA CATOLICA "EL TIEMPO"

DE J. I. GLORIA

SAN JOSE EL REAL NUMERO 21.

1894.

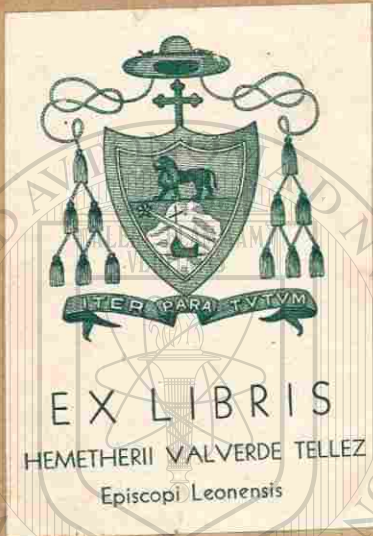
44921

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Taliez



BL240

54



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## PRÓLOGO.

Este opúsculo no es una obra de ciencia: es simplemente de buen sentido. Me atrevo á ofrecerlo como preservativo á todos los jóvenes, á todos los que directa ó indirectamente se ocupan de la ciencia: confío que en ella encontrarán el resumen y la solución de cierto número de interesantes cuestiones en las que se presentan ordinariamente los descubrimientos y adelantos de la ciencia como opuestos á la fe. Con la lectura de este libro verán que no hay tal cosa.

Este tratadito no tiene otro mérito que el de presentar reunidos, y en estilo familiar, los principales problemas que se hallan acá y acullá en libros especiales, y el de dar á ellos una solución de fácil inteligencia. Todo el mundo sabe, quien más, quien menos, estas cosas; pero se sabe no más que á medias, y esta vaguedad, en determinadas ocasiones, puede poner seriamente en peligro la fe.

Pido tan sólo en los lectores buena fe, rectitud y sinceridad. No pretendo impedirles que estudien &

008262



que admiren la ciencia: quisiera únicamente prevenirlos contra la falsa ciencia y afirmarlos de esta manera en su fe.

8 de Septiembre de 1867,

*día de la Natividad de la santísima Virgen.*

Habiendo puesto este pequeño opúsculo á los piés de Pio IX, el ilustre autor tuvo el placer de recibir de Su Santidad los preciosos elogios contenidos en el siguiente Breve apostólico:

Querido hijo, salud y bendición apostólica:

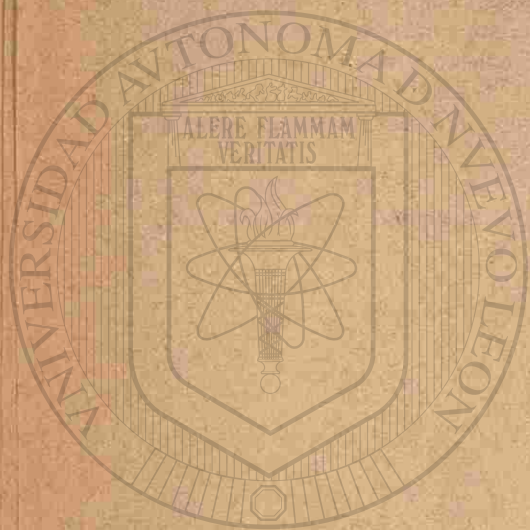
Experimentamos gran satisfacción á la vista del celo con que sin cesar defendéis la causa de la Religión y combatís especialmente los errores que, cubriéndose insolentemente con el manto de la ciencia, se insinúan con más facilidad en los espíritus y se extienden en grande escala.

Estos libritos que están al alcance de todas las inteligencias, y que tan fácilmente pueden ser puestos en las manos de todos, ó desenmascaran las farsas, ó refutan los sofismas de los enemigos de la Iglesia. Y es mucho mayor su oportunidad en estos tiempos en que por una parte con más insistencia y ardor se inculcan al pueblo los locos errores de los impíos, y en que por otra parte es nuestro siglo más superficial y

menos capaz de ocuparse en la lectura de obras de mayor importancia. Auguramos, por lo tanto, abundantes frutos á vuestros trabajos, y entre tanto, como prenda de la bendición divina, y en testimonio de nuestra gratitud y de nuestra especialísima benevolencia, con gran amor os damos nuestra apostólica bendición.

Dado en San Pedro de Roma, á 5 de Febrero de 1868, año vigésimosegundo de nuestro pontificado.

PIO PAPA IX.



---

## LA FE ANTE LA CIENCIA MODERNA

---

### I

Del abuso que en nuestros días se hace de la palabra ciencia.

Un hombre que pasa por tener lo que se llama co-razón, se ha atrevido á afirmar que, ante los *descubrimientos de la ciencia moderna*, la fe se hacía de todo punto imposible; que un hombre razonable y un poco instruído no podía ya creer; que de buen ó mal grado era preciso hacerse cargo de ello, aunque los Curas se indignasen y pusiesen el grito en el cielo, y aunque todas las mujeres gimiesen y derramasen todas las lágrimas de sus ojos. Empieza un nuevo mundo; aparece la religión del porvenir: el reino del verdadero Dios, que es el hombre, va á sustituir al reino del Dios antiguo, que es *Cristo*; la fe va á ocupar su sitio entre los cuentos de viejas; estamos en pleno progreso de luces, de civilización, etc., etc., etc.....



En nada descansan todas esas extrañas aseveraciones, hijas del racionalismo y de la francmasonería. La ciencia no ha descubierto *nada* que sea ni pizca contrario á la fe. Todos estos pretendidos sabios que ensalzan la ciencia á expensas de la Religión, no son otra cosa que globos hinchados, desprovistos de aire respirable, fuertes y formidables en apariencia, pero en realidad formados de simple binza ó tela y completamente huecos. Tienen siempre en los labios la palabra *ciencia*: si atacan la existencia de Dios, es en nombre de la *ciencia*; no son ellos, es la ciencia quien rechaza la divinidad de Cristo, quien niega lo milagroso y lo sobrenatural; la *ciencia* es quien demuestra que no tenemos alma..... *Et sic de cæteris.*

En el siglo pasado, la *naturaleza* era la que hacía todo esto. La *naturaleza* era la Divinidad y el caballo de batalla de los enciclopedistas. ¿Qué era la *naturaleza*? ¿Dónde estaba? José de Maistre buscaba á alguien que pudiera darle razón de dicha señora. Pero nadie sabía dónde dar con ella, y cuando se la llegaba á encontrar, ó no decía lo que se la quería hacer decir, ó decía cabalmente lo que no se quería que dijese. Hízose insupportable el embolismo, y los incrédulos acabaron por no atreverse á ser partidarios de la *naturaleza*.

Los sucesores de los enciclopedistas sustituyeron la *naturaleza* por la *ciencia*. Pero como para ellos la señora *ciencia* no era otra que la señora *naturaleza* vestida á la moda, tenemos que ha quedado en pie la importuna pregunta del conde de Maistre:

¿Qué es la ciencia? ¿De dónde viene? Mostradnos sus títulos.

Verdad es que alguno ó algunos caballeros se adelantaron hasta las candilejas, y afirman doctoralmente que está allí entre bastidores, dispuesta á presentarse, y que ella ha sido quien con su infalible acento les ha dicho esto y aquello; pero el misterioso sér que anuncian siempre y que dicen destinado á dar al traste con la vieja superstición cristiana, jamás comparece.

Es que lo que ellos tienen la osadía de llamar ciencia no es tal ciencia ni cosa que se le parezca. Si la ciencia pudiera ser desacreditada, ellos serían quienes la desacreditarían. Afortunadamente está fuera del alcance de sus falsificaciones y de sus calumnias: la Iglesia es su fiel depositaria, y alumbrando su camino y privándole de extraviarse, la libra del suicidio, al mismo tiempo que la priva de levantar la mano contra su hermana mayor que es la fe.

¿Qué es, pues, en realidad la *ciencia*?

## II

Lo que es la ciencia.

Entre cada cien incrédulos de los que se jactan de científicos, estoy seguro de que ni dos se encontrarían que supiesen *lo que es la ciencia*. ¡Cosa rara! Cabalmente nosotros, los cristianos, espíritus atrasados, obscurantistas, somos los que debemos dar lecciones á



esos pretendidos maestros. Generalmente, cuando se quiere saber qué es el arte militar, se acude á los hombres especiales. Aquí no pasa lo mismo; los hombres especiales de eso que se llama las ciencias modernas, no pueden decirnos lo que es la ciencia; para ellos esta es una noción perdida. Sus definiciones están en completa divergencia, yéndose cada uno por su lado como los cohetes en un ramillete de fuegos artificiales: la una sale falseada por todos sus cuatro costados; la otra mete mucho ruido y así presenta brillante apariencia. De aquella no hay que hablar, de ésta hay que decir que es como fuego artificial, luz efímera que en lugar de desvanecer las tinieblas, nos las presenta mucho mayores. La verdadera ciencia viene de Dios, como de Dios viene la verdadera fe: dos hermanas que constituyen los dos ojos del hombre perfecto, es decir, del cristiano; y así como de la combinación de los dos ojos se origina la óptica, de igual suerte la combinación de la fe y de la razón dan al hombre la verdad, la vista y el conocimiento de lo que él es.

La ciencia, dice Santo Tomás, es el conocimiento de las cosas por sus causas (1). No es simplemente el conocimiento de las cosas, es el conocimiento de las causas de las cosas; es la filosofía de todos los conocimientos humanos. Ved ahí lo que es la ciencia en general.

Así, por ejemplo, la astronomía no es solamente el descubrimiento de los astros, el testimonio de su po-

(1) *Scientia est cognitio rerum per causas.* (Sum. Theol).

sición respectiva y de sus movimientos; es el conocimiento de las leyes superiores que rigen en el mundo de los astros, por lo menos hasta donde puede en esta vida el hombre averiguarlas. Hay, en efecto, allá arriba profundos misterios que no dejan de estar muy relacionados con el orden sobrenatural. Cuando más profundizará un astrónomo estas leyes, tanto más sabio será. Si no las conoce, ó si de ellas tiene nociones equivocadas, entonces sería un semi-sabio, un sabio de contrabando, un cómico de ciencia.

Bajo este mismo punto de vista, la medicina no es únicamente una prolongada serie de experimentos y de hechos probados, ni el simple conocimiento de los remedios que mejor curan tal ó cual enfermedad: es más que eso; es el conocimiento harto difícil y misterioso de la salud y de las enfermedades, y de la causa íntima de estas últimas. Un médico que no se remonte á esta altura podrá ser un hábil y utilísimo empírico; pero jamás será ni podrá ser un sabio.

Pasemos á otro punto; la historia. La historia no es el simple conocimiento de los hechos, ni la averiguación cronológica de todo lo que ha pasado en la tierra desde la formación del mundo: es más que eso: es la penetración de las causas secretas de todos los acontecimientos, de todas las luchas que sucesivamente han hecho que hoy el bien triunfase del mal, y que mañana triunfase el mal del bien. El conocimiento de estas causas, ó más propiamente hablando, de esta causa, porque no hay más que una, la lucha de Satanás y



del mundo contra Jesucristo y su Iglesia, este conocimiento es el que constituye la *ciencia* de la historia, del historiador, del sabio, del filósofo.

Lo mismo pudiera decirse de todas las demás ciencias. Todos los conocimientos que no exigen más que memoria, análisis, paciencia y observación, no son *ciencias*. Los hombres especiales que de ellos se ocupan, por grande que sea su saber, nunca pasan más allá de ser unos hombres instruídos; falta á sus estudios el carácter esencial de la ciencia, el conocimiento filosófico de las causas de todos los fenómenos que presentan.

Esta sola observación quita irremisiblemente el bonete de *sabio* á una porción de hombres más ó menos instruídos que modestamente se honran en nuestros días con ese título. La cirugía, por ejemplo, no es ni puede ser una ciencia: es un arte. Y lo mismo puede decirse de la mayor parte de las aplicaciones prácticas, tales como la física, la química y hasta las mismas matemáticas. Los trabajos que exigen de continuo aplicaciones materiales, no pueden ser colocados entre la ciencia. Toda ciencia es esencialmente filosófica; son lo que quiero decir que reside principalmente en la inteligencia y que debe poder sostenerse en ella sin necesidad de recurrir á una aplicación práctica.

Reflexiónese seriamente sobre esto, y se verá cuán falsa y orgullosa es la pretensión de ese sinnúmero de hombres instruídos de nuestros días, en quienes las abstracciones matemáticas han falseado el criterio y han hecho perder la fe. La falsa ciencia enorgullece y

ciega, en tanto que la ciencia verdadera da luz y elevación.

No basta el título de sabio; para serlo, es menester ser hombre de ciencia y no únicamente hombre de saber. Recomendamos á nuestros lectores que mediten la admirable definición que de la ciencia ha dado santo Tomás. Esta definición bien comprendida aclara por completo la cuestión, llega hasta el fondo de ella, y nos presenta la ciencia tal como es. Nada más sencillo, y á la par nada más profundo: *La ciencia es el conocimiento de las cosas por sus causas.*

### III

Los descubrimientos de la ciencia en nada contradicen las verdades de la fe.

Desgraciadamente hay pocos hombres verdaderamente sabios, y nos encontramos con esta profusión de falsos sabios, engendro del enemigo de nuestras almas, y que pululan hoy por todas partes burlándose de la Iglesia y de la fe, aprovechando todas las ocasiones que se les presentan para anunciar descubrimientos que prueban tan claramente como que dos y tres son cinco, que no existe un *Dios* creador de todas las cosas; que la Sagrada Escritura, y por consiguiente la Iglesia, se engañan groseramente; que los cristianos no tienen sentido común, y otras mil barbaridades por el estilo. En medio de todas esas impías aseveraciones de la falsa ciencia, es muy curioso el profundizar un poco



todos esos grandes descubrimientos. A medida que uno los va mirando más de cerca, los vemos ir desapareciendo y desvanecerse como esos copos de nieve que el ardor del sol derrite. Desaparecen bajo el doble punto de vista de la cantidad y de la cualidad: redúcense á trece ó catorce artículos, y esos trece ó catorce artículos se reducen á nada. El padre de la mentira y los falsos sabios que son sus herederos nos hacen la guerra como se dice que la hacen los chinos, que para asustar á sus enemigos levantan frente de ellos colosales figuras de dragones y de terribles monstruos: todo esto no más de lejos asusta: de cerca todo se reduce á un trozo de madera y algunas hojas de cartón. Acerquémonos, pues, á nuestros *chinos*.

En el siglo XIX los oímos llamarse Sain Simon, Broussais, Cousin, Fourier, Pedro Leroux, Infantin, Considérant, Cabet, Guérolt, Bory Saint-Vicent, Lamark, Quinet, Michelet, Reynaud, Miguel Chevalier, Comte, Proudhon, Taine, Littré, Renan, Vacherot y muchos otros franceses y extranjeros.

Todos hablan de descubrimientos científicos incompatibles con la fe, y todos se engañan; porque, una de dos, ó estos descubrimientos son verdaderos, ó son hipótesis quiméricas é improbables. En el primer caso, fácil es probarles que la fe cristiana de ningún modo está en contradicción con lo que ellos hayan descubierto. En el segundo caso, ni siquiera nos tomamos la molestia de contestarles, y con mucha razón les pedimos nos permitan dudar de su infabilidad mientras no

nos proporcionen convincentes pruebas. Francamente, ¿es pedir mucho eso?

Los falsos sabios gustan mucho de este último sistema, que no exige más que audacia é imaginación. Parten de un supuesto que existe únicamente en sus calenturientos cerebros, y de ese supuesto deducen infinitas consecuencias. Y cuando se pierde ya de vista la nada absoluta de su punto de partida, entonces se les toma por hombres formales, por pensadores profundos, por filósofos, por sabios. Pero que se les mire de cerca, y se verá ese pecado original, irremisible, en la base de todos los sistemas de la ciencia incrédula. Rousseau, Saint-Simon, Fourier, Cousin, Proudhon y Renan no tienen otros *lazos* que estos para sosprender al público, especialmente al público de las escuelas.

Dejemos á un lado las hipótesis puras y simples; examinemos formalmente los descubrimientos científicos que parecen tener en sí mismos algún valor y que se quieren oponer á la enseñanza católica. No temamos: una verdad no puede contradecir á otra verdad, y las verdades de la ciencia vienen *todas*, directa ó indirectamente, á rendir homenaje á la verdad suprema.

## IV

## PRIMERA OBJECCIÓN.

Según el sistema de Laplace, no hay necesidad de un Dios creador para explicar la formación de la tierra.

El geómetra, astrónomo y físico Laplace formuló á fines del siglo pasado, una ingeniosa teoría de la for-



mación de nuestro sistema planetario, y la presentó á Napoleón I, diciéndole que con ella ya no tenían los astrónomos más necesidad de Dios.

Nuestro sistema solar, es decir, la reunión del sol y de los planetas—decía Laplace—debió formar en su origen una inmensa nebulosa, y la condensación de la masa mayor de esta nebulosa formó el sol, que ha continuado haciendo lo que hacía toda junta la nebulosa aquella, es decir, girando sobre sí mismo. No todo estaba condensado, y las simples leyes de la mecánica han exigido que al rededor del sol se hayan ido formando anillos parecidos al que la astronomía prueba que existe todavía al rededor del planeta Saturno. Yendo condensándose estos anillos han tomado la forma esférica y han producido los planetas. El mismo fenómeno aplicado á los planetas ha producido sus satélites, y esto parece confirmado por un hecho notable, que consiste en que todos los planetas giren en un mismo sentido y casi en un mismo plano, lo propio que sus satélites, que por añadidura también giran sobre sí mismos en igual sentido ó dirección. Todo esto parece ser una consecuencia mecánica necesaria de la hipótesis primera.—Este es, en resumen, el sistema de Laplace, tal como se encuentra en la *Exposición del sistema del mundo*.

Observemos en primer lugar que este sistema no es ni puede ser más que una hipótesis, esto es, una simple suposición referente á un hecho esencialmente desconocido; y que en buena lógica una hipótesis, por

ingeniosa, por plausible que pueda ser, jamás puede servir de base á conclusiones absolutas. Una hipótesis lo más que da de sí son probabilidades.

Eso no quiere decir que este género de averiguaciones esté prohibido, ni sea tan siquiera inútil, como lo es el estudio fisiológico de las diferentes fases por que pasa el embrión animal para llegar poco á poco á su completo desarrollo. El animal no se concibe primitivamente tal como le vemos nacer: sale de un primer principio en el que ningún órgano hay todavía visible, pero que los contiene todos en germen; y sólo después de haber pasado por una misteriosa serie de transformaciones es cuando alcanza la plenitud de su organismo. Esta formación lenta, lejos de excluir el acto y el misterio de la generación, lo presupone. Y esto mismo hay que decir respecto al acto y al misterio de la creación para todo el mundo.

En segundo lugar, notemos que el sistema de Laplace; en el cual ha pretendido apoyarse la escuela materialista para negar el misterio de la creación y hasta la existencia de Dios, de ningún modo prueba lo que pretenden los impíos. En efecto, ¿qué supone Laplace? Supone que en su origen nuestro sistema solar (y no las demás estrellas, cada una de las cuales por su parte ha podido estar sometida á leyes análogas, pero de que aquí no se trata), se componía de una gran nebulosa primitiva que daba vueltas ó giraba sobre sí misma. Hacedme el obsequio de decirme ¿en qué obsta esto á la creación y á las leyes del Creador?



¿Quién hizo la nebulosa primitiva? ¿Se hizo por sí sola? Si un reloj no puede hacerse por sí mismo, y si es contrario al buen sentido el suponer un reloj sin relojero, un libro sin impresor, un cuadro sin pintor, ¿cuánta mayor razón será imposible concebir una creación tan poderosa, tan inmensa como esa nebulosa sin Creador?

Hay unas leyes que Laplace supone en la nebulosa primitiva como propias de su misma substancia; y estas leyes presuponen una causa primera creadora. Es indudable que la nebulosa se fué condensando en virtud de una ley, la ley de la condensación; y esta ley ¿quién la puso? ¿quién la hizo? ¿quién la dió poder bastante para que la nebulosa haya estado absolutamente sometida á ella?

No hay efecto sin causa. ¿Quién es, pues, el autor de las leyes mecánicas que produjeron aquellos movimientos sucesivos de rotación, de aquellos anillos gaseosos que daban vueltas en un mismo sentido y en un mismo plano, y de todo aquel conjunto de leyes y de fenómenos? Una vez condensada en su forma esférica la tierra que habitamos, ¿quién enfrió y solidificó su superficie? ¿quién impuso la ley del enfriamiento, de la transformación sucesiva de los fluidos y de los sólidos? ¿Quién hizo la electricidad? ¿Quién hizo la luz? ¿Quién hizo el hidrógeno, ese famoso hidrógeno que incesantemente sacan á relucir nuestros sabios modernos? En una palabra, ¿quién hizo el cielo y la tierra, con sus prodigiosas leyes, con la maravillosa unidad y con la no

menos maravillosa multiplicidad de las leyes cuyo conjunto forma el universo?

El incrédulo que de la hipótesis de Laplace quiere sacar consecuencias ateas y materialistas, es un ciego: no ve que no hace otra cosa que salirse de la cuestión y que nada prueba.

Aun aceptando, como lo hacen muchos y muy distinguidos sabios cristianos, esta teoría de la formación del mundo, probamos hasta la evidencia que ella deja en pie la necesidad absoluta y el misterio fundamental de una causa primera, de un poder eterno, preexistente, absoluto, increado, infinito, creador de todas las substancias, de todas sus leyes y de todos sus fenómenos; un Sér que existe por sí mismo y sin el cual nada existe.

Este poder creador es por precisión inteligente y libre; porque sin la inteligencia y sin la libertad no hay poder capaz de obrar; y este poder es el que proclama y adora la humanidad entera, y este poder es el que adoramos bajo el nombre de Dios, palabra derivada del latín, que éste tomó del griego, como este último le había tomado anteriormente del hebreo. En hebreo, el Sér eterno y creador se había llamado á sí mismo Jehová, es decir, *el que es*.

Dios, por lo tanto, es el que es, el que es por su propia virtud, y por cuya virtud existe *todo* lo que existe. Está todo entero, uno é indivisible en todas partes; está todo entero y á un mismo tiempo; es eterno; superior á las sucesiones de los tiempos y á las divisiones



del espacio; es un espíritu puro, y no hay criatura alguna que por su sola luz natural pueda ver su divina esencia, mientras que El, el Infinito, el Todopoderoso, lo ve todo, lo sabe todo y lo puede todo.

Nosotros podemos conocerle, aunque no le podamos comprender. Conocemos su existencia y sus atributos generales por medio de la contemplación de sus obras; como conocemos la existencia, la inteligencia, la habilidad, la paciencia del relojero por medio del examen de su trabajo y del admirable mecanismo salido de sus manos. Nada, pues, más ridículo, nada más descartado que la aserción de no sé qué francmason contemporáneo, que declaraba no há mucho que "Dios no es demostrado ni demostrable."

Si le parece sospechosa nuestra opinión, oiga por lo menos la de un hermano, de un maestro en francmasonería y en incredulidad, el tristemente célebre Voltaire: "Me parece absurdo, —decía Voltaire,— hacer depender la existencia de Dios del A B dividido por Z. ¿A qué extremo habría llegado el género humano si fuera preciso estudiar la dinámica y la astronomía para conocer al Sér supremo? Ojos no álgebra se necesita para ver el día." (1)

"Esta noche estaba yo meditando—decía en otra parte el mismo escritor:—absorto en la contemplación de la naturaleza, admiraba la inmensidad, el curso, la relación de esos globos infinitos; y admiraba todavía

(1) *Corresp. gen.*, 1753, t. IV, p. 463.

más la inteligencia que preside á esa vasta maquinaria. Y decía para mí: es preciso estar *ciego* para no quedar asombrado ante ese espectáculo, es preciso ser *estúpido* para no reconocer su Autor, es preciso ser *loco* para no adorarle." (1)

Volviendo ahora á la nebulosa del marqués de Laplace, diremos que todo el mundo está en libertad de adoptarla ó de no adoptarla: la fe católica no tiene interés alguno ni en pro ni en contra.

## V

## SEGUNDA OBJECCIÓN.

A los ojos de la ciencia moderna está probado que la Biblia se equivocó cuando nos dice que la creación es obra de seis días.

El primer descubrimiento positivo que los incrédulos han querido oponer á los datos de la fe se refiere á la obra de los seis días.

El Génesis nos refiere que Dios nuestro Señor, omnipotente y eterno, queriendo crear el mundo, lo hizo en *seis días*; que en el primer día creó la luz; en el segundo, el aire y las aguas; en el tercero, la tierra firme con el reino vegetal; en el cuarto, el sol, la luna y las estrellas; en el quinto, los seres animados en el agua y en el aire, y finalmente en el sexto, todos los animales

(1) *Diction, philos.*, art. *Religion*.



de la tierra. Y como coronamiento de su obra, entre el sexto y séptimo días, formó al hombre, hijo adoptivo é imagen de Dios en medio de la creación.

Los geólogos han venido y nos han dicho: "Esta relación no es exacta: nosotros tenemos la prueba material de su inexactitud. Del examen de las diferentes capas sobrepuestas que forman la corteza de la tierra, deducimos que *han sido precisos siglos y siglos* para que la tierra llegase á su estado actual. Verdad es, y lo afirmamos hasta donde nos es posible afirmarlo, que el relato de la Escritura está conforme con el orden de superposición que notamos en las diversas capas y en los restos fósiles que contienen; pero no admitimos, ni podemos científicamente admitir que esto sea obra de *seis días*."

Sea, responde la Iglesia; admito como ciertas vuestras observaciones. ¿Tienen ellas algo contrario á la fe propiamente dicha? ¿No ha dicho San Pedro: *Sabedlo bien; para el Señor un día son mil años, y mil años son un día*? (1) La voz hebrea que el Génesis ha traducido con la palabra *diz*, puede perfectamente tomarse como una época indeterminada, y las palabras *tarde* y *mañana*, de que se sirve en este pasaje, se interpretan igualmente en el sentido de *principio* y *fin*. San Agustín dice explícitamente que los días del Génesis pueden ser períodos más ó menos largos.

Así, pues, aun admitiendo sin restricción de ningún

1 *Epist.* II, cap. III, v. 8.

género vuestra hipótesis y la exactitud de los datos de vuestra ciencia, vuestras aserciones no destruyen ni un ápice de lo que yo sostengo.

Podríamos añadir aquí algunas observaciones de bastante peso que echarían tal vez por tierra la exactitud de la hipótesis de esos períodos inconmensurables; ved ahí una. No se puede asegurar cuál fué el desarrollo, la rapidez y la fuerza de la vida animal bajo la acción incalculable del fuego central de la tierra, y el trabajo de los elementos, y la rapidez de la vegetación, y el vigor de las plantas y de los árboles.

Del actual estado de las cosas, ¿puede en buena lógica deducirse otro estado que no existe ya y de que ni la menor idea se tiene? ¿Por qué, por ejemplo, tal ó cual fenómeno que en el estado actual de las cosas exige un siglo para verificarse, no habría podido tener efecto en un día ó hasta en algunas horas, bajo una acción mil ó dos mil veces más poderosa? Si el principio del retoño de un árbol era mil veces más activo entonces que ahora, ¿por qué no había de ser posible que ese árbol que hoy emplea cincuenta años en llegar á su completo crecimiento, lo alcanzase entonces en diez y ocho ó veinte días, esto es, en la milésima parte de estos cincuenta años? Aplicad el ejemplo á la formación y á la vida de los animales. Aquí no hay *imposibilidad* alguna científica.

Otra observación, y está sacada del orden sobrenatural, que nos presenta á los espíritus ó Angeles como á las fuerzas motoras de la materia. Todos los elemen-



tos que formaron la obra de los seis días se encontraban, merced á la acción y reacción de los Angeles buenos y malos que los regían, en un estado *sobrenatural*, y en una lucha gigantesca que modificaban profundamente sus leyes naturales, únicas de que pudiera darse la ciencia; y por lo tanto bajo esta acción extraordinaria se hacían muy posibles las formaciones, las eflorescencias imposibles en el estado natural.—No digo que hayan pasado así las cosas; digo únicamente que *pueden* haber pasado así; y que desde este momento las *imposibilidades* que demuestra la geología, son únicamente relativas.

Pero todas estas observaciones, por muy interesantes que en sí mismas puedan ser, no sirven para contestar victoriosamente á la falsa ciencia que trata de confundirnos. Basta y sobra con la primera contestación que hemos dado: sea cual fuera la duración de los días de la relación del Génesis, la ciencia geológica no está en este punto en desacuerdo con la fe.

Y añadiré que por mi parte, hasta que vea una prueba *absoluta* de lo contrario, he de creer y he de decir que los días del Génesis son períodos mucho más breves de lo que les exigen las observaciones de una ciencia que hace abstracción de lo sobrenatural y de los milagros: primeramente porque esta *opinión* es la que más se aproxima al texto mismo de las sagradas páginas, texto literal del que no es lícito separarse sino cuando la *evidencia* nos lo exige por una ley; y luego, porque el Espíritu Santo, al referirnos por boca del

gran Moisés los misterios de la creación, parece señalarnos allí un milagro, no sólo por la acción omnipotente de Dios formándolo todo de la nada, sino también por la forma sobrenatural y la rapidez de aquella grande obra.

Sea lo que fuere, bajo ningún concepto está interesada la fe en la cuestión que acabamos de resumir.

## VI

## TERCERA OBJECCIÓN.

Antiguos monumentos descubiertos en Egipto y en el Oriente, echan completamente por tierra la cronología de la Biblia, señalando al mundo habitado una antigüedad infinitamente mayor.

Todos esos monumentos nada echan por tierra, porque nada prueban. La falsa ciencia ha triunfado por un momento, creyendo haber encontrado en esos monumentos la prueba auténtica de una fabulosa antigüedad del mundo habitado, absolutamente contradicha por los Libros sagrados; pero ha venido la ciencia verdadera, y se ha hecho luz inmediatamente.

No haremos aquí más que indicar esta objeción, porque es una cuestión, por decirlo así, desvanecida por la ciencia.

La sagrada Escritura pone un especial cuidado en fijarnos el número de años que vivieron los primeros Patriarcas, desde Adán hasta el diluvio, y desde el diluvio hasta Abraham y hasta Moisés. A este cómputo



tos que formaron la obra de los seis días se encontraban, merced á la acción y reacción de los Angeles buenos y malos que los regían, en un estado *sobrenatural*, y en una lucha gigantesca que modificaban profundamente sus leyes naturales, únicas de que pudiera darse la ciencia; y por lo tanto bajo esta acción extraordinaria se hacían muy posibles las formaciones, las eflorescencias imposibles en el estado natural.—No digo que hayan pasado así las cosas; digo únicamente que *pueden* haber pasado así; y que desde este momento las *imposibilidades* que demuestra la geología, son únicamente relativas.

Pero todas estas observaciones, por muy interesantes que en sí mismas puedan ser, no sirven para contestar victoriosamente á la falsa ciencia que trata de confundirnos. Basta y sobra con la primera contestación que hemos dado: sea cual fuera la duración de los días de la relación del Génesis, la ciencia geológica no está en este punto en desacuerdo con la fe.

Y añadiré que por mi parte, hasta que vea una prueba *absoluta* de lo contrario, he de creer y he de decir que los días del Génesis son períodos mucho más breves de lo que les exigen las observaciones de una ciencia que hace abstracción de lo sobrenatural y de los milagros: primeramente porque esta *opinión* es la que más se aproxima al texto mismo de las sagradas páginas, texto literal del que no es lícito separarse sino cuando la *evidencia* nos lo exige por una ley; y luego, porque el Espíritu Santo, al referirnos por boca del

gran Moisés los misterios de la creación, parece señalarnos allí un milagro, no sólo por la acción omnipotente de Dios formándolo todo de la nada, sino también por la forma sobrenatural y la rapidez de aquella grande obra.

Sea lo que fuere, bajo ningún concepto está interesada la fe en la cuestión que acabamos de resumir.

## VI

## TERCERA OBJECCIÓN.

Antiguos monumentos descubiertos en Egipto y en el Oriente, echan completamente por tierra la cronología de la Biblia, señalando al mundo habitado una antigüedad infinitamente mayor.

Todos esos monumentos nada echan por tierra, porque nada prueban. La falsa ciencia ha triunfado por un momento, creyendo haber encontrado en esos monumentos la prueba auténtica de una fabulosa antigüedad del mundo habitado, absolutamente contradicha por los Libros sagrados; pero ha venido la ciencia verdadera, y se ha hecho luz inmediatamente.

No haremos aquí más que indicar esta objeción, porque es una cuestión, por decirlo así, desvanecida por la ciencia.

La sagrada Escritura pone un especial cuidado en fijarnos el número de años que vivieron los primeros Patriarcas, desde Adán hasta el diluvio, y desde el diluvio hasta Abraham y hasta Moisés. A este cómputo



añade numerosos datos sumamente claros y precisos, como son, entre otros, la fecha del diluvio y la de muchos otros grandes acontecimientos; ante cuyos datos y ante cuyas cifras debemos hacernos cargo de que la duración total de la humanidad desde la creación del primer hombre hasta el principio de la Era cristiana fué de 4,000 años próximamente. Y digo próximamente, porque los años lunares de la antigüedad no concuerdan exactamente con los años solares de que universalmente se hace uso de algunos siglos acá.

Ahora bien, los arqueólogos han creído descubrir, especialmente en Egipto, en la India y en la China, monumentos que, si fuesen auténticos, probarían una antigüedad infinitamente mayor á la que la Escritura señala al mundo habitado. Hablábese de 10,000, de 30,000 y hasta de 40,000 años anteriores á la Era cristiana y posteriores al diluvio. En Denderah, Alto Egipto, se había descubierto cierto zodiaco que según muchas indicaciones debía remontarse á más de 20,000 años antes de la venida de Jesucristo. Volney y Dupuis, ateos de profesión, absurdos á cuanto cabe, habían forjado, el siglo anterior, todo un sistema *soi-disant* histórico contra las palabras de la Escritura, sistema que reducía á polvo la Biblia, la fe y la Iglesia. Nada menos que todo eso era lo que hacía este sistema.

Por desgracia este gigante tenía los pies de barro, y por los años de 1830 vinieron unos hombres formalmente sabios que examinaron aquel terrible zodiaco y que demostraron, tan claro como la luz del día, que

todo lo más se remontaba al tiempo de los Ptolomeos, es decir, dos siglos antes de la Era cristiana, y que todavía era más probable que fuera menor esta antigüedad, pudiendo muy bien datar del tiempo del emperador Aureliano, esto es, del tercer siglo de la Era cristiana. Resultado: que ahora ya nadie se atreve á hablar del zodiaco de Denderah.

Pero la idea, ó más bien la impiedad de Volney, de Dupuis y de los enciclopedistas se encuentra todavía diseminada por acá y por allá, adoptando diversas formas y amparándose en la propicia obscuridad de las "lenguas semíticas." De modo que las lenguas semíticas enseñan á esos hombres que la Persia, la India y la China se glorian de una larga serie de dinastías reales enlazadas unas con otras y formando una dilatada sucesión que se remonta, si no á 40,000 años, por lo menos á una antigüedad mucho más considerable que la que fijó la Biblia. Luego la Biblia es falsa.

También por esta vez está de desgracia la causa de los impíos, pues nada de esto es probado. Los verdaderos sabios se encogen de hombros ante las afirmaciones de Voltaire y de sus compadres, de Michelet, de Quinet y de Renan. Esos documentos semíticos y egipcios que alegan esos interminables centenares de dinastías no se hallan revestidos de carácter alguno de autenticidad: si se les examina con detención, se descubre á menudo en ellos el sello de una grosera impostura, y se viene á sacar en consecuencia que ni una sola de todas aquellas sucesiones dinásticas puede ra-



zonablemente remontarse á más allá del noveno ó décimo siglo antes de la Era cristiana. Está probado que los Vedas, libros sagrados de los indios, atribuidos á Brahma, datan próximamente del cuarto siglo antes de Jesucristo; que el Zend-Avesta, libro sagrado de los persas, atribuido á Zoroastro, data apenas del sexto; que los Kings, libros sagrados de los chinos, redactados por Confucio, datan aproximadamente de 500 años antes de Jesucristo, y por fin, que los egipcios, en los que se creía encontrar un argumento contra la fe cristiana, nada contienen que merezca la pena de ser discutido. La falsa ciencia tomó por dinastías lo que no eran más que nombres de reyes, y, si bien es verdad que los Faraones del Egipto son muy anteriores á todas las dinastías asiáticas, no hay empero monumento alguno que les atribuya ni pueda atribuirles una antigüedad tal que contradiga los datos contenidos en los Libros sagrados.

¿Sabéis lo que resta en suma de esa farsa y de toda esa acumulación de siglos imaginarios? Nada más que una vergonzosa decepción para los ignorantes que atacan á la fe con apariencias científicas, y una nueva demostración de la inmutable solidez de la verdad revelada. ¡Cómo brillan y resplandecen los Libros sagrados, tan irrecusablemente auténticos, en medio de las insignificantes tradiciones de esos pueblos perdidos, lejos del verdadero Dios! ¿Quién piensa hoy en negar, en nombre de la ciencia, la autenticidad de los libros de Moisés, de David y de los Profetas? Cuanto más de

cerca se examina la verdad, más clara se presenta; cuanto más de cerca se examina el error, más se desvanece.

Quedamos, pues, en que la pretendida antigüedad del mundo habitado, con que se ha querido hacer frente á lo que la Iglesia nos enseña, es una quimera, y deja intacto el edificio de la fe.

## VII

## CUARTA OBJECCIÓN.

El fenómeno de la generación espontánea, probado por la ciencia moderna, explica perfectamente la existencia del hombre sin necesidad de recurrir al Creador.

Todos sabemos que en el agua corrompida, y especialmente en el vinagre, nacen, sin saber de dónde proceden, una porción de animalillos llamados en el lenguaje científico *infusorios*. Algunos observadores han dicho que aquellos bichos nacen por sí solos; luego la existencia de todos los animales, y hasta la del hombre, pueden explicarse por una oculta potencia de la materia, por una especie de fuerza generatriz de la tierra, del agua, del aceite, etc. Luego la creación de los seres organizados, sobre todo la creación del hombre, no es un acto libre de la voluntad de Dios, sino un desenvolvimiento fatal de la materia, que contiene en sí misma la fuerza, la potencia generatriz.

Esta teoría no niega directamente la existencia de



Dios; pero ataca abiertamente la obra de los seis días, la relación de la Escritura, y por consiguiente toda la revelación cristiana.

No tiene además razón de ser la citada teoría, desde el momento en que el hecho de esa generación espontánea de los animalillos, que en ella se supone incontestable, no sólo es contestable y contestada, sino que hay además que se ha ido completamente por tierra ese sistema, merced á recientes experimentos hechos por los ilustres profesores Chevreul y Pasteur.

Estos experimentos han probado que los bichos nacidos en el vinagre y en el agua corrompida no son el resultado de una generación espontánea, sino que nacen de gérmenes imperceptibles, de especies de huevos suspendidos en el aire y que efectúan su desarrollo por los medios que les son más favorables. La prueba de este hecho es de las más sencillas; la química orgánica ha obtenido la certeza (y por esta vez es una certeza verdadera) de que la vida animal es absolutamente imposible en una atmósfera cuya temperatura exceda de los 80 grados. Se ha echado vinagre en dos palanganas y se las ha colocado debajo de dos campanas ó globos de cristal: el primer globo contenía aire ordinario: del segundo se había extraído el aire atmosférico por medio de la máquina neumática, y se había introducido en él otro aire que había pasado por un tubo ardiendo. En la palangana que estaba debajo del primer globo aparecieron los animalillos, y tuvo, por consiguiente, efecto el pretendido fenómeno de la ge-

neración espontánea como de costumbre; en la otra palangana, ni el más insignificante bicho vino á empañar la claridad y limpidez del vinagre que contenía. Haciendo pasar el aire por el tubo ardiendo, habían sido quemados los gérmenes y se había secado completamente la albúmina que en gran parte constituye toda sustancia animal. Y cuantas veces se ha repetido el mismo experimento, ya en el vinagre, ya en el agua corrompida, ya en la leche, ya en cualquier otro líquido que contuviera materias animales en disolución, siempre invariablemente se ha obtenido el mismo resultado.

Finalmente, y para completar la exactitud del experimento, se empleó el frío como antes se empleara el calor, y efectivamente, el experimento demostró evidentemente que dado el frío en una intensidad determinada es tan imposible la vida animal como lo es en una intensidad determinada de calor. El resultado fué exactamente igual: en una parte se congelaron y murieron los gérmenes, mientras en la otra produjeron su efecto natural y dieron los infusorios.

De esto se deduce que no hay tal generación espontánea, y que por consiguiente ni los animales ni el hombre han podido nacer por sí solos de la tierra, como con aire de triunfo decían los doctos buscadores de nuestros animalillos, muy ignorantes de los impíos sistemas de que eran la base. Luego *nada* prueba científicamente que la creación de los peces, de las aves, de los animales y finalmente del hombre, no hayan tenido



lugar tal como la refiere la Escritura y no haya sido un acto libre de la voluntad del *Creador*.

De buena ó de mala gana es preciso remontarse hasta dar con una primera gallina que depone un huevo, ó un primer huevo que produce una gallina: pero cuando se llega á la formación de ese primer huevo ó de esa primera gallina, es preciso contar con un poder infinito. Es sensible tener que confesarlo; pero no se puede pasar por menos. Y este poder infinito se llama Dios, y el Génesis refiere de qué modo *El* creó todo lo que existe, y de qué modo formó *El* diversos órdenes de criaturas, escalonadas desde la última hasta la primera de ellas, que es el hombre.

## VIII

## QUINTA OBJECCIÓN.

El hombre no es más que un mono perfeccionado.

Se ha querido plantear esta tesis con ciertos visos de formalidad, y hasta hay algunos estudiantes de medicina de mal vivir que dan su palabra de honor de que es completamente cierta. “Es evidente—dicen, imitando á los enciclopedistas, y siguiendo las inspiraciones de cierto Lamark, de cierto Pascual Grousset, y de un tal Darwin,—es evidente que los seres se van perfeccionando físicamente, imitando en esto á la ley moral, que es el progreso continuo de la humanidad. El pólipo se ha convertido en ostra; de ostra ha pasado á ser

pulpo, de pulpo anguila, de anguila pescado; el pescado se ha transformado en foca, la foca en castor, el castor en zorro, el zorro en mono de segunda clase; éste en mono de primera, ó sea, orangután; y luego, tras muchos tiempos, tras grandes esfuerzos de la naturaleza, á fuerza de progresos y de virtudes, el orangután perdió su cola, y se convirtió en negro, de negro en chino, y de chino en hombre perfecto, de tez blanca, que es el que en nuestros días habla el francés y lee el *Sil-clu*.”

Sí, señores, esto se ha dicho, y lo que es más todavía, esto se ha creído y se ha proclamado. He visto hombres que afirmaban sin pestañear la exactitud de esta genealogía, y que se proclamaban pura y sencillamente bestias, y por cierto que lo eran mucho más de lo que ellos se figuraban.

Hubo unos viajeros ingleses que llegaron hasta el extremo de decir que en Abisinia existían aún hombres con rabo (de lejas tierras, luengas mentiras), que eran denominados Niams-Niams, y que venían á constituir el término medio entre el simple mono y el simple negro. Se deja comprender perfectamente la importancia de este descubrimiento. Mas ved ahí que el sabio Mr. Mariette, miembro del Instituto, trató de profundizar esta singular cuestión, y acabó por descubrir que aquellos negros con rabo eran sencillamente negros cubiertos con la piel de bestias que ellos habían cazado, y cuya cola (la de las bestias) les colgaba por



la parte traserá. Y ved ahí á la ciencia verdadera enviando una *ve* más á la cola á la falsa ciencia.

Los naturalistas formales, tomando la cuestión bajo el punto de vista físico, nos prueban que entre el mono más humano y el hombre más bestial existen, no ya analogías, sino diferencias *esenciales*; entre otras la famosa cola que nuestros libre-pensadores darían cualquier cosa por volver á encontrar; y luego la forma de las manos, así sin contar con la cabeza y con ciertos otros detalles, que sería prolijo y hasta pueril enumerar.

No, señores, la ciencia nada ha descubierto que se oponga á la divina grandeza de la inteligencia y de la vocación del hombre. La ciencia está de acuerdo con el buen sentido, con la conciencia y con la fe, en descubrir en el hombre lo que únicamente en él se encuentra, es decir, un alma, espíritu puro, capaz de conocer, de amar y de servir á Dios, de poseerle en la tierra por medio de la gracia, y luego en la gloria vivir su santa y sempiterna vida. Por esto es que hay más diferencia entre el café ó el hotentote menos instruído y el mono ó el perro más inteligente, más perfeccionado, que entre este último y la ostra, la planta y hasta el mineral. Y bien mirado, ¿qué es esta vida orgánica del irracional, que con él acaba, porque, cumpliendo con los designios del Creador, no tiene otro objeto que sus apetitos, sus instintos y una porción más de funciones que se limitan exclusivamente á la tierra?

Una palabra más sobre esa pretendida perfecciona-

bilidad de los animales, horrible burla, desmentida por la experiencia y por la evidencia. El animal, el pez, el ave, el reptil, el mosquito, todos nacen en un estado del que no salen, porque de él no pueden salir; estado físico, constitución orgánica, estado instintivo, constitución pasional, como la llaman sus apologistas, todo en el animal queda invariable, y cada generación se mueve necesariamente en la misma órbita en que se movió la generación anterior. Los ruiseñores de hoy cantan del mismo modo que los del tiempo de Abraham y de Matusalen; los perros del siglo XIX de la Era cristiana ladran y acosan á los ladrones del mismo modo que lo hacían mil, dos mil y tres mil años antes; los castores hacen hoy día sus casas con la misma perfección con que las hacían antes del diluvio; y lo propio se puede decir de las hormigas, de las abejas, de las arañas, de los gatos, de los caballos, de los camellos, etc.... Los padres y las madres de estas respetables bestias nada han enseñado á sus hijos; ni éstos, á pesar de los elogios de sus sabios amigos, enseñarán cosa alguna á sus descendientes. Hasta el fin del mundo harán los pajarillos su nido con la misma perfección que antes; y con la misma fidelidad se adherirán los perros al hombre, y con el mismo amor acariciarán los gatos á los ratones, y con el mismo talento se mirarán los asnos amarrados á las estacas.

Me gustaría saber hasta qué punto puede llegar á creerse el hombre que no es más que un mono. Se me figura que todos los que lo dicen se parecen á aquel



profesor del museo de Turín, el Sr. de Filippi, que públicamente había enseñado el más asqueroso materialismo y hasta había dedicado gran número de lecciones de las de su curso á *demostrar* que el hombre descendía del mono en línea recta. Ese señor al llegar al término de su vida murió cristianamente, arrepentido y horrorizado de sus locas impiedades y recibiendo dos veces y con las mejores disposiciones el adorable Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Es que delante de la muerte se cae el antifaz.  
Queda el hombre. . . . y el mono desaparece.

## IX

## SEXTA OBJECCIÓN.

La fisiología ha descubierto que el pensamiento no es más que una secreción del cerebro.

Así lo dicen; y casi sería de desear que los que lo dicen lo creyeran, para su castigo.

Un tal Mr. Taine, fisiologista improvisado, es quien ha sentado esta teoría, y son de su parecer muchos profesores de la escuela de medicina y un sinnúmero de estudiantes é individuos de mala casta.

Según ellos, este envoltorio del cerebro llamado la *pia-madre* expele una cantidad de fósforo, mayor ó menor según que dicho envoltorio se siente más ó menos sacudido ó afectado por tal ó cual lóbulo del cerebro,

que por su parte es influido (*sic*) por los hilos eléctricos á que se da el nombre de nervios. Cada sensación es una sacudida que dichos nervios causan á los citados lóbulos, y que los citados lóbulos transmiten á la mencionada *pia-madre*. Entonces el fósforo se desprende más ó menos activamente en todas direcciones. Si va hacia adelante, se produce un pensamiento majestuoso, filosófico, científico, metafísico, ontológico, la *pensatividad*; si hacia la izquierda, se produce el deseo de engañar, de robar y de combatir, la *adquisitividad*; si hacia arriba, la piedad y la *maravillosidad*; si hacia atrás, la bondad, la ternura, el desinterés, la necesidad de amar, la *amatividad*. ¡Dios de bondad! ¡y qué admirable es el fósforo! De seguro que esos ignorantes cristianos se quemarán en él los dedos. Vamos á ver.

Todos convienen en que los nervios transmiten de un modo sumamente misterioso las sensaciones externas á ciertos lóbulos del cerebro, y que la *pia-madre* contiene ó emite fósforo; pero ¿á quién se le podrá persuadir de que las elevadas concepciones del genio, los esplendores de la elocuencia, la profundidad de las concepciones filosóficas, los sacrificios de la caridad y del amor, son sencillamente fósforo? ¡Con que el fósforo ha producido á Carlo-Magno, á San Luís, Bayardo, Condé y Napoleón y todos los grandes capitanes! ¡Con que al fósforo debemos los grandes oradores como San Agustín, San Ambrosio, San Bernardo, San Vicente Ferrer, Bossuet y el P. Lacordaire! ¡Con que la inspi-



ración de esos grandes pintores, tales como Rafael, Perugino, el Ticiano, Nicolás Poussin, Rubens, Vandick, Horacio Vernet, Murillo, Flandrin y otros no era más que fósforo! ¡Con que al fósforo se debieron los profundos pensamientos de Orígenes, de Santo Tomás de Aquino, de San Buenaventura, de Alberto el Grande, Suárez, Pascal, Leibnitz y de Maistre! ¡Con que la caridad de San Vicente de Paul, la dulzura é inocencia de San Francisco de Sales, la prudencia de San Ignacio y la castidad de San Luis Gonzaga y de San Estanislao de Kostka eran ni más ni menos que fósforo!

¡Y al fósforo se debían también la vileza de Mantrou y de Cartucho, de Cromwell y de Robespierre, de Marat y de Lacenaire; las vergonzosas costumbres de Mesalina, de la Brinvilliers y de la Dubarry, y las atrocidades de Juárez, de Garibaldi y de Mazzini!

Entonces no hay más que decir: el fósforo lo explica todo: el fósforo es la llave de la historia.

Temiendo estoy que para estos excelentes individuos que tan gran papel le hacen jugar, ese fósforo no sea tal vez otra cosa que la llave de Charenton. Se me figura que su fósforo, ya en evidente revolución, acabará por desprenderse con tal abundancia, que se verán inundados de él y perderán la cabeza á fuerza de tener, no talento, sino fósforo. Y la prueba de esta última aserción es bien clara, pues tenemos locos que siempre están diciendo que les arde la cabeza.

El sentido común, el menos ilustrado, el más simple sentido común es el único que puede contestar á

esas prodigiosas necedades. La ciencia nada tiene que hacer aquí, y el razonamiento tampoco, pues no puede descender hasta semejantes profundidades: ante el hombre que hasta tal punto olvida su dignidad, no hay más que hacer que encogerse de hombros y volverle con disgusto la espalda. El hombre bautizado que tiene la osadía de decir á un público bautizado y cristiano "que el vicio y la virtud son simples productos como el azúcar y el vitriolo," debería ser condenado como se condena á un público malhechor, encerrado como se encierra á un loco, y colocado en medio de verdaderos locos, que lo serían y lo son todavía menos que él.

Estas infames doctrinas tienen por único sostén, por único alimento y por único resultado, las pasiones más abyectas. Tienen por padre el orgullo, y la impureza por madre, é hijas de ellas son las revoluciones. Proceden del infierno y á él vuelven, arrastrando en pos de sí á las groseras criaturas que no se avergüenzan de predicarlas y de aceptarlas.

¡Qué rubor debe causar á médicos honrados y cristianos el contar en sus filas á hombres que de tal manera echan á perder su ciencia y aun sus talentos, queriendo hacer responsables de sus criminales aberraciones á la anatomía, á la cirugía y á la medicina!



## X

## SÉPTIMA OBJECCIÓN.

Para la ciencia moderna no hay vicios ni virtudes,  
sino simples  
protuberancias y temperamentos.

Ciertos soñadores, bastante observadores por otra parte, y que no carecían de saber y de finura, imaginaron, hace cosa de medio siglo, otro sistema no menos ingenioso que los anteriores: era el sistema de las protuberancias. Siguiendo la costumbre de su docta facultad, que desde hace ya mucho tiempo se dedica á suplir por medio de la inteligibilidad de fórmula la vaciedad del fondo, se revistió este sistema con un nombre al estilo griego, y se le llamó *frenología*, es decir, ciencia del cerebro. Fué su inventor el Dr. Gall, hombre por otra parte muy guapo, y que en cierta ocasión decía con lágrimas en los ojos á un gran señor ruso á quien debía muy importantes favores:

—¡Ah! mi querido conde, no podéis creer cuánto llego á amaros! Os aseguro que si morís antes que yo, he de tener vuestro cráneo en mi colección, aunque tenga que ir á buscarlo á Rusia.

Dicen, pues, los frenólogos que el cerebro y el cráneo tienen excrescencias; hecho que no pueden negar los ultramontanos y que la ciencia afirma. Esas excrescencias constituyen un mundo nuevo, y operan una revolución en la moral. Hasta ahora habíamos creído

¡oh ignorancia de la edad media! que el alma era la que daba al hombre sus buenas ó malas facultades, su inteligencia, su memoria, las cualidades de su espíritu y de su corazón, su carácter, sus inclinaciones, sus virtudes y sus vicios; habíamos creído que teníamos la libertad de dirigir nuestra vida como mejor nos pareciera, de ser religiosos ó de dejar de serlo, de ser dulces ó iracundos, de ser buenos ó malos, de ser castos ó impúdicos; pero no hay tal y lo que creíamos verdadero no era más que quimérica ilusión. ¡Las protuberancias son las que lo deciden todo!

Hace poco era el fósforo: ahora son las protuberancias. ¿Sois valientes? Es que tenéis la protuberancia del valor; vedla colocada sobre vuestra nariz. ¿Sois unos santos? Examinad lo alto de vuestra cabeza y os encontraréis con la protuberancia de la *religiosidad*. ¿Tenéis una memoria sumamente feliz? Examinad, si os es fácil, el fondo de vuestros ojos, y veréis allí la protuberancia de la memoria. ¿Sois unos bribones y unos trapaceros? Tentáos tras la oreja, y os encontraréis con la protuberancia de la *apropiatividad*. ¿Tenéis buen corazón, amáis á vuestros hijos y sois afables y misericordiosos? Tentáos la parte trasera (de la cabeza), y vuestros dedos tropezarán con la tierna protuberancia del amor. Y así sucesivamente, para todas las facultades, para todas las inclinaciones y para todas las pasiones. Yo tengo en mi casa un cráneo, clasificado per el mismo Gall con más de cuarenta letreros todos



## X

## SÉPTIMA OBJECCIÓN.

Para la ciencia moderna no hay vicios ni virtudes,  
sino simples  
protuberancias y temperamentos.

Ciertos soñadores, bastante observadores por otra parte, y que no carecían de saber y de finura, imaginaron, hace cosa de medio siglo, otro sistema no menos ingenioso que los anteriores: era el sistema de las protuberancias. Siguiendo la costumbre de su docta facultad, que desde hace ya mucho tiempo se dedica á suplir por medio de la inteligibilidad de fórmula la vaciedad del fondo, se revistió este sistema con un nombre al estilo griego, y se le llamó *frenología*, es decir, ciencia del cerebro. Fué su inventor el Dr. Gall, hombre por otra parte muy guapo, y que en cierta ocasión decía con lágrimas en los ojos á un gran señor ruso á quien debía muy importantes favores:

—¡Ah! mi querido conde, no podéis creer cuánto llego á amaros! Os aseguro que si morís antes que yo, he de tener vuestro cráneo en mi colección, aunque tenga que ir á buscarlo á Rusia.

Dicen, pues, los frenólogos que el cerebro y el cráneo tienen excrecencias; hecho que no pueden negar los ultramontanos y que la ciencia afirma. Esas excrecencias constituyen un mundo nuevo, y operan una revolución en la moral. Hasta ahora habíamos creído

¡oh ignorancia de la edad media! que el alma era la que daba al hombre sus buenas ó malas facultades, su inteligencia, su memoria, las cualidades de su espíritu y de su corazón, su carácter, sus inclinaciones, sus virtudes y sus vicios; habíamos creído que teníamos la libertad de dirigir nuestra vida como mejor nos pareciera, de ser religiosos ó de dejar de serlo, de ser dulces ó iracundos, de ser buenos ó malos, de ser castos ó impúdicos; pero no hay tal y lo que creíamos verdadero no era más que quimérica ilusión. ¡Las protuberancias son las que lo deciden todo!

Hace poco era el fósforo: ahora son las protuberancias. ¿Sois valientes? Es que tenéis la protuberancia del valor; vedla colocada sobre vuestra nariz. ¿Sois unos santos? Examinad lo alto de vuestra cabeza y os encontraréis con la protuberancia de la *religiosidad*. ¿Tenéis una memoria sumamente feliz? Examinad, si os es fácil, el fondo de vuestros ojos, y veréis allí la protuberancia de la memoria. ¿Sois unos bribones y unos trapaceros? Tentáos tras la oreja, y os encontraréis con la protuberancia de la *apropiatividad*. ¿Tenéis buen corazón, amáis á vuestros hijos y sois afables y misericordiosos? Tentáos la parte trasera (de la cabeza), y vuestros dedos tropezarán con la tierna protuberancia del amor. Y así sucesivamente, para todas las facultades, para todas las inclinaciones y para todas las pasiones. Yo tengo en mi casa un cráneo, clasificado per el mismo Gall con más de cuarenta letreros todos



remivos á varias especialidades de protuberancias. ¡Es una cosa incomparable!

El resultado de esta teoría es que el hombre deja de ser libre, que únicamente tenemos instintos que nos arrastran fatalmente lo mismo que á los irracionales; que tanto las malas como las buenas inclinaciones nos vienen de la naturaleza, es decir, de Dios, y eso todo junto nos lleva á la consecuencia lógica, aunque no inmediata, de que en nosotros no existe esta alma espiritual, razonadora y libre, que nos figurábamos tener; que la ley de Dios y toda otra ley también, es un absurdo, y que si hay Dios, le hay en muy poca cantidad.

Todo es una grosera confusión del instrumento y del obrero. Vamos á ver: ¿qué diríais si yo pretendiera probaros que, cuando escribís, no sois vosotros quienes lo hacéis, sino que es vuestra pluma? Y sin embargo, me sería fácil probarlo *científicamente*. Ensayémoslo si os place.

No es evidente que cuando tenéis en vuestra mano la pluma y la mojáis en la tinta, podéis desde luego escribir? ¿Y que escribís bien con una pluma buena, y con una pluma mala escribís mal? ¿No es también evidente que si yo voy y os arranco la pluma, no podéis ya escribir? ¿Y que si voy y os quito la tinta, también os veáis en la imposibilidad de escribir? ¿Más aún, y notadlo bien, que si corto uno solo de los dos lados de vuestra pluma, podréis trazar únicamente algunas líneas informes? Pues de este doble hecho deduzco *científicamente* que no sois vosotros los que escribís, sino

que es vuestra pluma; sí, vuestra pluma colocada en determinadas condiciones, condiciones que si las quitáis, ni tan siquiera ella puede escribir, ó, si lo puede, imperfectamente. ¿Con que os figurábais hasta ahora que érais vosotros quienes escribáis? ¡Ilusos! Vedme ahí trayéndoos la luz en nombre de la ciencia moderna.

El cerebro es la pluma, el alma es el escribiente, la inteligencia, la voluntad libre. Quitadle á un hombre la cabeza, quitadle la pluma, é inmediatamente dejará de pensar: el escribiente no puede ya escribir. Dad tal ó cual órgano de su pensamiento, que es el cerebro, é inmediatamente, fuera de su estado normal, el instrumento, el alma, no puede ya operar con seguridad. Entonces se parece á un músico que para ejecutar sus melodiosas composiciones tuviera sólo un instrumento descompuesto, desafinado ó no tocando ni poco ni mucho. ¿Prueba este desórden, me diréis, que el músico no existe ó no sabe de música?

Tal es el argumento racionalista y groseramente absurdo de ciertos frenólogos que, armados de sus protuberancias, atacan, si no la existencia, por lo menos la espiritualidad y la libertad del alma. El más humilde cristiano está mucho mejor enterado, sabe mucho más que ellos. Sabe que Dios nos formó á imagen de su Hijo unigénito, Nuestro Señor Jesucristo, y que por este motivo ha dado á cada uno de nosotros un alma y un cuerpo; un alma espiritual, inteligente y libre, que tiene en la tierra la doble misión de adorar, amar,



alabar y servir á su Dios, y de animar el cuerpo á que está unida. Sabe que el cuerpo por sí solo no tiene ni vida, ni poder, ni cualidad, ni propiedad alguna, y que todo lo que tiene lo debe al alma que lo anima, lo mueve y lo hace vivir. Sabe que el alma piensa por medio del cerebro, ve por medio de los ojos, habla por medio de la boca, oye por medio de los oídos, ama por medio del corazón, respira por medio de los pulmones, digiere por medio del estómago, y siente por medio de los nervios. Sabe que el alma y el cuerpo vienen á ser el obrero y el instrumento que éste emplea para su trabajo; el pintor y su lápiz ó su pincel; el músico y su instrumento. Que el alma es la que piensa, la que quiere, que ama y que obra; pero que, como Dios lo ha dispuesto así, todo lo hace valiéndose de los órganos del cuerpo.

Lo que hay de verdad en el sistema de las protuberancias es que la perfección é imperfección del cerebro, órgano principal de la vida, da al hombre más ó menos fuerza natural para concebir, para trabajar y para hacer el bien ó el mal; pero estas disposiciones inclinan, más no fuerzan la voluntad humana. A cada hombre se le ha dado la gracia de Dios en proporción á sus necesidades, y así es que todos sin excepción podemos y debemos practicar el bien y evitar el mal, con la seguridad de que los que mayores combates habrán tenido que sostener, mayores recompensas obtendrán. Por consiguiente, en definitiva tantas ventajas tienen los que están provistos de buenas protuberancias como

los que lo están de malas; porque Dios en su infinita justicia retribuirá á cada uno según sus obras.

No lo olvidemos jamás: las substancias espirituales son las únicas activas y motrices; la materia, sea la que fuere, es por su naturaleza inerte, absolutamente pasiva, y está destinada á ser regida, movida, animada y vivificada por el espíritu.

Lo que decimos aquí de las protuberancias puede igualmente decirse de los temperamentos y de las influencias climatéricas. Un temperamento sanguíneo y bilioso predispone á la cólera, pero no hace más que predisponer; no es la verdadera causa de la cólera. Un temperamento linfático predispone á la indolencia, á la pereza, á la negligencia, á la sensualidad, pero no hace más que predisponer. Un temperamento ardiente y apasionado excita á la lujuria, pero su influencia no pasa de una excitación, á que siempre puede y debe resistir la voluntad. Los vicios no son defectos naturales, ni las virtudes tampoco cualidades naturales, que se tienen ya al nacer y que proceden del temperamento, no; son situaciones ó estados espirituales, hábitos del alma libremente contraídos, y por lo tanto culpables ó meritorios. San Francisco de Sales, tan afable, tan maravillosamente pacífico, era por su temperamento de un carácter violento. San Francisco de Asís, tan humilde, tan penitente, tan pobre, sentíase por su temperamento atraído á los placeres y á las diversiones mundanas. San Bernardo, San Agustín, San Jerónimo, San Ignacio, Santo Domingo y otros mu-



chos que se distinguieron por su angelical castidad, pasaron su vida luchando con sus inclinaciones y dominando por la fuerza del alma un temperamento inclinado á las más violentas pasiones.

Tampoco las influencias climatéricas pueden excusar la intemperancia, la pereza, la voluptuosidad ni la venganza: pueden desarrollar en nosotros buenos ó malos instintos, pero jamás pasan de ser instintos, disposiciones que debemos combatir mediante la gracia de nuestro divino Salvador.

## XI

## [OCTAVA OBJECCIÓN.

El diluvio, por más que diga el Génesis, no fué universal.

Empecemos por hacer una distinción. Si por un diluvio no universal se entiende un diluvio que destruyó toda la raza humana que existía entonces sobre la tierra, exceptuados Noé y los habitantes del arca, esto bajo ningún concepto es contrario á la fe. Si, por el contrario, se entiende un diluvio que hubiese dejado subsistente un solo hombre fuera de los del arca, entonces ya sería otra cosa muy distinta.

La Escritura nos dice que este terrible castigo se extendió á toda la tierra, *in universa terra*; que fué, no un fenómeno natural, sino un acto libre de la voluntad y de la justicia de Dios para castigo de los pecadores; que las aguas del diluvio fueron aguas sobrenatu-

rales, no en su esencia sino en su cantidad y en su caída. Y todo sistema que diera al diluvio otro carácter sería indudablemente contrario á la doctrina de la Iglesia.

El hecho del diluvio es tan asequible á la ciencia como á la revelación; hay mil pruebas materiales de él; terrenos especiales arrastrados por las aguas, que por doquier se encuentran y que los geólogos designan con el nombre de *diluvium*; palmeras fósiles y otros fragmentos vegetales ó animales de las zonas ecuatoriales, encontrados en nuestros terrenos y aun en los hielos de los polos, mariscos, ya de agua dulce, ya de agua salada, incrustados en considerable número en las laderas de las montañas y hasta en las más elevadas mesetas; osamentas fósiles de osos, ciervos, lobos, caballos, etc, encontradas confundidas en las más elevadas cavernas, lo que probaba que esos animales acorralados por las aguas habrían ido desatinados á buscar todos juntos un vano asilo que les guareciera de las aguas que iban sin cesar subiendo. Recientemente se ha descubierto en las cercanías de Abbeville, en medio del *diluvium*, fragmentos fósiles de osamentas humanas, y hasta han podido reunirse esqueletos completos. Para la ciencia lo mismo que para la fe, todos esos restos antiguos son otros tantos testimonios irrecusables del diluvio universal.

Por lo tanto, debemos decir en conclusión que todos los descubrimientos geológicos relativos al diluvio nada prueban que de lejos ó de cerca puedan afectar



en un ápice las doctrinas de la sagrada Escritura y de la Iglesia; antes por el contrario, vienen á ser su más patente confirmación.

## XII

## NOVENA OBJECCIÓN.

El sol no gira al rededor de la tierra,  
y este hecho destruye por su base el milagro de Josué  
y todo el sistema cristiano.

La Escritura habla á los hombres el lenguaje de los hombres. Dice que á la voz de Josué "el sol se detuvo" á la manera con que decimos á cada paso que el sol *sale y se pone*. La repetición diaria é incesante de las ilusiones de los sentidos hace que se llegue á dar cabida á esas ilusiones en las ideas y hasta en el lenguaje. El astrónomo que quisiera hablar de un modo distinto se pondría soberanamente en ridículo; y el Espíritu Santo, aunque haya tenido toda clase de derechos para expresar toda especie de verdades en todo género de lenguaje, ha querido hablar á los hombres tal como los hombres hablan, y ha dicho: *El sol se detuvo*.

Esta dificultad, opuesta por la escuela de Voltaire, ha quedado hoy completamente desvanecida al igual de otras muchas de su índole, y ni siquiera nos ocuparíamos aquí de ella, si no se refiriera á la famosa cuestión de Galileo, estúpidamente resucitada en nuestros días por la impiedad de un poeta francmasón y re-

volucionario. Los *sabios* de la *Opinion nationale* y del *Siècle*, siguiendo las doctas huellas de sus *sabios* colegas de la *Revue des deux Mondes*, del *Journal des Debats* y del *Almanach* de Matthieu Laensberg, atribuyen importancia suma al *descubrimiento científico*, no ya del sistema de Galileo, sino del de Copérnico. Creen que en él se encierra un argumento irrecusable contra la religión cristiana y contra el misterio de la Encarnación.

"En efecto, dicen ellos, ¿cómo es posible suponer que el Hijo de Dios haya escogido, para encarnarse, un pequeño planeta que no es central, que gravita como humilde esclavo al rededor del sol, en unión de otros seis ó siete planetas? Esto podía pasar mientras no se conocía otro sistema que el antiguo, el sistema cristiano, según el cual se creía que la tierra era el centro del sistema planetario; pero nosotros hemos cambiado todo eso, y la fe se ha largado con su sistema."

Consolemos á esa buena gente, y apresurémonos á decirles que se equivocan de medio á medio; que no hay tal sistema planetario *cristiano*: que los sistemas de Copérnico y de Galileo no son más contrarios á la fe que el de Ptolomeo y los demás admitidos por los *sabios* del Egipto, del Asia y de la Grecia, y que por lo tanto pueden, sin dejar de ser ortodoxos, admitir tanto como gusten la científica hipótesis de Copérnico.

—Pero, ¿y la razón de conveniencia indicada no há mucho?

Esta razón de conveniencia no es perentoria, pues se halla contrabalaceada por otra razón de convenien-



cia no menos plausible, es á saber, la de que siendo sin disputa el sol, en el simbólico lenguaje de la Escritura y de la tradición católica, la imagen celeste, la representación visible de la santísima humanidad de Cristo, Rey de los cielos, y siendo para todas las criaturas esta humanidad adorable la fuente de vida, el centro de la gracia y el *sagrario* de la Divinidad, nada tiene de extraño que la tierra, que contiene á los servidores todos de Jesucristo, gravite ó de vueltas al rededor del sol, en vez de darlas el sol al rededor de la tierra.

Con una razón de conveniencia por el mismo estilo nos encontramos al cotejar la luna con la tierra. Según el simbolismo cristiano, la luna es la imagen de la Iglesia. Del mismo modo que la luna recibe toda su luz del sol y sólo nos alumbrá reflejándolo, así la Iglesia recibe toda su verdad, todo su poder divino y toda su belleza de su celeste Rey, Nuestro Señor Jesucristo, nos ilumina, nos vivifica, nos gobierna en nombre de Jesucristo y por la potestad que Jesucristo la confirió: de modo que la Iglesia aquí en la tierra es la manifestación, la imagen y el reflejo de Jesucristo. Además, la Iglesia pertenece al mundo; el Papa, que es su jefe visible, es el servidor de los servidores de Dios, como lo son también todos los obispos y los sacerdotes todos: es, por consiguiente, muy natural que la luna destinada á simbolizar la Iglesia, gravite al rededor de la tierra.

Sé perfectamente que estas razones de conveniencia no son absolutas; pero son más que suficientes para

contestar á una razón contraria y también de conveniencia.

Añadamos, para concluir, dos observaciones.

Consiste la primera en que la certeza física parece ser hoy en día de parte de la hipótesis, ó más bien del sistema planetario de Copérnico: así parecen haberlo definitivamente fijado repetidas observaciones, y es casi insignificante la duda que pueden ofrecer sobre este particular las leyes de la mecánica. Esto no significa que Ptolomeo, ni los antiguos sabios del Egipto, de Persia, de Caldea y de la Grecia fueran hombres sin importancia científica: significa únicamente que no es suficiente el talento ni aun el genio cuando se trata de establecer hechos de este género: se necesitan, á más de todo eso, lentes; se necesitan instrumentos de precisión, sin los cuales no hay medidas exactas ni por consiguiente datos numéricos. Y los lentes no se conocían antes de los tiempos de Copérnico y de Galileo, y los admirables instrumentos de que hoy se sirven nuestros astrónomos son el fruto de este progreso industrial que especialmente de un siglo acá produce en los ánimos tan inmensa sobreexcitación.

Es preciso, sin embargo, reconocer que hay grados en la certeza física, como los hay en la intensidad de la luz; y me parece, además, evidente que para el estudio del mundo astronómico, aun haciendo uso de los mejores telescopios, no tenemos tan buenas disposiciones como para el estudio del mundo material que nos rodea. Paréceme que hay un enlace, enlace nota-



ble entre la seguridad que podemos tener de la verdad de las observaciones astronómicas modernas y la verdad de los hechos que con las manos tocamos y de que nos hacemos cargo inmediatamente con el auxilio de nuestros sentidos. Desconfío instintivamente, no del sistema de Copérnico, que lo reputo del todo indiferente á los dogmas de la fe, sino de esta tendencia, hoy en día tan generalizada, á conferir la infalibilidad á toda clase de descubrimientos científicos ó á tomarlos por bases absolutas, por puntos de partida á que debe, quiera ó no quiera, acomodarse la doctrina de la Iglesia. Hay en el fondo de esta tendencia una especie de materialismo grosero, mil veces indigno de inteligencias alumbradas por el sol del Cristianismo y por él conducidas á alturas á que la razón humana por sí sola no podría remontarse. Ante las pretensiones, no pocas veces atrevidas, de la ciencia, preciso es decir que podemos estar y estamos muy orgullosos de la verdad absoluta de nuestra fe.

La segunda observación, que no haré más que indicar aquí, es la de que la famosa condenación de Galileo, efectuada á principios del siglo XVII, se refería á la forma más bien que al fondo; que ese Galileo, que no era á la verdad un gran personaje, había querido hacerse á un mismo tiempo el teólogo y el astrónomo, y que el tribunal de la Inquisición, encargado de defender los intereses de la fe, estuvo en su derecho y cumplió su deber al impedir que Galileo dogmatizase. Largo tiempo hacía que conocía la Iglesia el sistema

de Copérnico, sistema que contaba ya medio siglo de existencia cuando el asunto de Galileo, y lo dejaba pasar, como lo hace con todos los datos de las ciencias humanas, sin aprobarlo ni condenarlo. Más aún, en la antigüedad se había enseñado varias veces este mismo sistema, como lo atestiguan los antiguos libros en que los judíos recopilaban las tradiciones de sus doctores.

En la teoría de la rotación de la tierra al rededor del sol, no hay por consiguiente cosa alguna que sea contraria á la doctrina católica.

Josué ni detuvo el sol, ni detuvo la tierra: obtuvo del Señor que la luz del día se prolongase lo suficiente para alcanzar la derrota de los enemigos del Señor. Es indudablemente un gran milagro, pero ese milagro nada tiene de contradictorio ni de imposible.

## XIII

## DÉCIMA OBJECCIÓN.

El hecho muy probable de la pluralidad de los mundos habitados se concilia muy poco con el misterio de la Encarnación.

También esto es una hipótesis, y una hipótesis mucho menos probada que la precedente, pero hartó grave para fijar la atención. Conozco á un joven muy inteligente, á quien esta hipótesis estuvo haciéndole va-



cilar durante más de un año en volver á abrazar la fe que había perdido. Y sin embargo, vais á ver cómo en el fondo no tiene importancia alguna.

Hagámonos cargo, en primer lugar, de que eso de ser habitadas las esferas celestes por criaturas inteligentes, capaces como nosotros de amar, de conocer, de servir á Dios y de ir al cielo, no tiene viso alguno de verdad. Hasta diré que ni probable es, en lo que me parece tener razón, pues verdaderamente no es lógico deducir lo desconocido de lo conocido, lo dudoso de lo cierto. Por de pronto, tenemos ya que la ciencia nos afirma que en la luna no hay habitantes. Que la luna no tiene atmósfera, es cierto, y por consiguiente tenemos que en ella no puede existir sér alguno organizado, sea animal, sea vegetal. Para la vida de un sér orgánico cualquiera son absolutamente indispensables el agua y el aire, esto sin contar con la atmósfera que nos rodea, y con la atracción centrípeta, sin las cuales seríamos pulverizados, aniquilados y esparcidos por el espacio.

El hecho de ausencia de atmósfera en la luna es una verdad probada. A pesar de las 96,000 leguas que la separan de la tierra, nuestros telescopios nos permiten ver la luna á una distancia de solas 16 leguas. Un sabio astrónomo del Instituto, que durante veinte años se había dedicado á este estudio, me decía, no há mucho tiempo, que si en la luna hubiese ciudades, ó simplemente grupos de casas, éstas se podrían distinguir. Unicamente se ven en ella volcanes apagados, áridos

valles, llanuras y algunas montañas. Luego la luna no contiene habitantes.

¿No es ya esto una muy notable probabilidad en favor de la *no habitación* de las demás esferas celestes? Si éstas estuvieran habitadas, ¿por qué no habría de estarlo también y por igual razón la luna?

Además, la física y la astronomía calculan que los planetas de nuestro sistema, que están más inmediatos que nosotros al sol, se hallan expuestos á una intensidad de calor tal, que ni formarnos podemos una idea de ella: son millares de millares de grados de calórico, que imposibilitan absolutamente la existencia de un sér cualquiera organizado. Y, por otra parte, según los cálculos de la ciencia, los planetas que están á mayor distancia que nosotros del sol, se hallan en una intensidad de frío no menos incalculable, y por lo tanto tampoco allí es posible la vida orgánica.

Estas observaciones, fáciles de comprender, me parecen concluyentes en favor de la *no probabilidad* de que existan seres orgánicos vivientes en los demás planetas, hasta el punto de que ni las plantas puedan existir en ellos.

Sin embargo, no hay necesidad de llevar tan adelante la cuestión; pues el que las demás esferas celestes estén habitadas de criaturas compuestas, como nosotros, de espíritu y de materia, en el fondo no es, si bien se mira, contrario á la fe. Ved ahí lo que respecto á esto es de fe:

En primer lugar, es de fe que todos los *hombres* des-



cienden de Adán y de Eva, y que nosotros somos los únicos *hombres* que hay. Si las esferas celestes están habitadas, no lo están por hombres. Tampoco pueden estarlo por espíritus puros, por almas, porque los espíritus no tienen necesidad de habitaciones materiales. Después es de fe que el Hijo eterno de Dios se hizo *hombre*, y que ninguna criatura, sea en el cielo ó sea en la tierra, se salva y santifica si no es por El. La Escritura es formal en este punto. Si los mundos están habitados del mismo modo que la tierra, las criaturas que en ellos viven, para ir al cielo están, como nosotros, obligadas á creer en la divinidad del *Verbo* hecho carne, á adorar al Hombre-Dios, á amarle y á servirle.

—Pero, se dirá, ¿cómo pueden conocerle?

Id á preguntárselo. Lo que podemos decir es, que el misterio de la Encarnación y de la Redención pudo haber sido *revelado* á millares de mundos, ya por el ministerio de los Angeles, ó ya por cualquier medio conocido únicamente por Dios.

Muchos, que participan de esta opinión, explican graciosamente en este sentido la parábola del Buen Pastor que deja en la paz y seguridad del redil á las noventa y nueve ovejas fieles para ir en pos de la oveja perdida, para fatigarse y herirse buscándola, y para volverla triunfante al redil donde había dejado las otras. Esta pobrecita oveja infiel sería la humanidad pecadora apartada de Dios y extraviada en la tierra; y las noventa y nueve ovejas fieles tendrían que ser la multitud de criaturas orgánicas que pueblan todos los mundos.

Por mi parte tengo que confesar que, mientras no tenga una prueba muy convincente de lo contrario, jamás tomaré por lo serio la hipótesis improbable, aunque posible y hasta grandiosa, de la población de las esferas celestes. Adorando con humilde amor y fe pura á Jesucristo, mi Señor, mi Redentor, mi Dios, hablo solamente de lo que sé, y me abstengo de ir en pos de lo desconocido, exponiéndome á perder en este sublime trabajo la fe y la cabeza.

Una palabra más. A los que pregunten por qué no están habitados toda esa infinidad de astros, soles y planetas, les contestamos por una parte, que á la omnipotencia de Dios tan fácil le es crear millares de mundos como un granito de arena; y por otra, que es perfectamente digno de su infinita sabiduría el darnos por medio de esta maravillosa inmensidad, una idea de su grandeza y de la inefable magnificencia del verdadero *cielo*, que nos reserva para toda una eternidad su infinita misericordia.

El cielo de los astros no es á la verdad demasiado hermoso para servir de bóveda á la tierra, en la cual habitan los hijos de Dios y donde reside corporalmente, en el Sacramento de amor, este adorable y adorado Señor Jesucristo, verdadero Dios con el Padre y el Espíritu Santo, que todo lo hizo de la nada, y que por virtud de su omnipotencia sostiene todas las criaturas de la tierra y de los cielos.



## XIV

## UNDÉCIMA OBJECCIÓN.

La ciencia no encuentra en parte alguna el sitio del cielo, del infierno y del purgatorio.

Lo creo perfectamente: no es á la ciencia, sino á la fe, á quien le corresponde el descubrirlos. La ciencia no puede descubrir las cosas sobrenaturales, como tampoco puede descubrir la fe las cosas naturales. El dominio de la ciencia es la naturaleza, y ni el cielo, ni el infierno, ni el purgatorio, pertenecen al orden natural.

La fe, que es la ciencia divina, nos enseña que después de la muerte, el alma, completamente pura ó purificada, entra inmediatamente en posesión de Dios, para vivir eternamente su vida pura, inefable y bienaventurada; y á esto se llama *cielo*. Nos enseña también la fe que si está en pecado mortal, al separarse de su cuerpo, el alma entra inmediatamente en la eternidad desventurada con la total separación de Dios, la pérdida irreparable de su felicidad y los sufrimientos del fuego, terrible castigo de sus pecados; y á esto se le llama *infierno*. Nos enseña, por último, la fe que el alma que deja el mundo en estado de gracia, pero sin haber satisfecho completamente por sus faltas, pasa en el fuego y en los sufrimientos del infierno un espacio de tiempo mayor ó menor en proporción á las exigencias de la justicia y santidad divinas, antes de entrar

en la eterna bienaventuranza; y ved ahí á lo que se le da el nombre de *purgatorio*.

El cielo, el infierno y el purgatorio pertenecen al orden de las realidades llamado espiritual, por oposición á las realidades corporales y visibles. Pertenecen á las grandes realidades *sobrenaturales*, que el ojo no tiene el derecho de ver aquí abajo, que el oído no tiene el derecho de percibir, y que el hombre puede conocer y conoce aquí en la tierra, pero sin poder comprenderlas, por la sencilla razón de que, siendo sobrenaturales, exceden á la comprensión de su razón natural. Estas grandes realidades no pertenecen al orden terrestre, que se ve, que se toca, que se descubre bajo el golpe del escalpelo y con el auxilio de un microscopio ó de un telescopio; el buscarlo por estos groseros medios es locura, y sobre locura estupidez.

El cielo, el infierno y el purgatorio son ante todo *estados*, estados espirituales y sobrenaturales, donde la criatura se encuentra colocada por la voluntad libre y positiva de Dios. Todo hombre que al mundo viene, toda criatura racional está destinada, quiera que no, á vivir en la tierra la vida de Dios que es la gracia: si corresponde á su vocación, hállese sobre la tierra en el estado *sobrenatural* de la gracia, germen del estado sobrenatural de la gloria; hállese camino del cielo, y entrará en él, es decir, en el estado sobrenatural de la bienaventuranza, de la santidad de los goces eternos. Si no corresponde á este llamamiento, ó si corresponde imperfectamente á él, hállese también sobre la tierra en el



estado sobrenatural del pecado mortal, ó bien en la alternativa entre el pecado y la gracia, entre la muerte y la vida sobrenaturales; y como á consecuencia indispensable, en cuanto muere entra en el estado *sobrenatural* de castigo doloroso, eterno ó temporal, que se llama infierno en el primer caso, y en el segundo caso purgatorio.

El cielo, el infierno y el purgatorio son por lo tanto, ante todo, *un estado*. Son también *un lugar*, pero un lugar de una índole y de una expansión absolutamente diversas de lo que en la tierra llamamos un lugar. El cielo es un lugar invisible superior é inferior á la vez, que está absolutamente *por encima* de la creación visible (que es *finita*), y al mismo tiempo al alcance del cristiano y en contacto con el alma fiel. Es como el alma y el cuerpo: el alma está muy *por encima* del cuerpo, y sin embargo está en el cuerpo, repartida por todo el cuerpo que la limita y la *localiza*, sin, que no obstante ocupe en él *lugar* alguno especial; está toda entera en todas sus partes, aunque no en todas esas partes ejerce las mismas funciones. Puede decirse con toda verdad que el cuerpo es el *lugar* del alma; y con igual verdad decirse puede que el alma, en su calidad de espíritu puro, no ocupa lugar alguno. Hay entre el alma y el cuerpo una unión, una intimidad *incomprensible*, y hay al mismo tiempo un abismo *inseparable* entre la substancia del cuerpo, que es material, y la substancia del alma, que es espiritual: ved ahí lo que es el cielo con relación á la tierra.

Así, pues, las almas puras y cristianas conquistan interiormente, por medio de la gracia, el cielo y al Rey del cielo, y entran en un estado sobrenatural que es celeste ya en este mundo y que se extenderá de una manera absoluta en la eternidad: *DENTRO de vosotros está el reino de los cielos*, nos dice el Evangelio. Y al mismo tiempo está por encima de nosotros y por encima de la naturaleza toda.

Lo que decimos del cielo, debe decirse del infierno y del purgatorio: son lugares á un mismo tiempo *inferiores é interiores*; lugares profundos á los cuales descienden las almas humilladas por el pecado, las criaturas *inferiorizadas*. En sí mismo, en su mala alma encuentra el pecador el germen del infierno; y si no sufre todavía la pena de daño, el tormento del fuego, sufre ya en la tierra casi siempre la pena de sentido; el martirio de los remordimientos, del temor y de la vergüenza.

El *fuego* del infierno y del purgatorio es un terrible misterio; por el Evangelio, por todas las relaciones del Antiguo y Nuevo Testamento y por la tradición unánime de todos los pueblos, sabemos que este fuego existe; y por la fe divina, no por la ciencia humana, sabemos que ese fuego es real, verdadero, eterno, tenebroso, horrible, y que devora los espíritus y los cuerpos sin consumirlos. Pero ¿en qué consiste? Ved ahí lo que Dios no nos ha dado á conocer. ¡Desventurado aquel que por experiencia llegará á conocerlo!

Según todas las apariencias, el fuego del infierno es



el mismo del purgatorio, sólo que en el purgatorio es transitorio y temporal. La pena del purgatorio es un tránsito, no un estado inmutable.

En cuanto á los Santos y á los Bienaventurados, sus cuerpos no gozarán de la ventura celestial hasta después de la resurrección, como tampoco los cuerpos de los réprobos participarán de las penas de sus almas hasta después de esta misma resurrección. En la eternidad feliz ó desgraciada no existirán los cuerpos en el estado en que los conocemos ahora: la teología nos enseña que, sin que se vuelvan espíritus, participarán del modo de existir de las substancias espirituales, y que no estarán ya sujetos á la ley terrenal de tiempo, lugar y espacio: serán, nos dice el Señor, como los Angeles de Dios. No serán espíritus, pero serán como ellos. "Nuestro cuerpo, añade San Pablo, resucitará *espiritual*." Los escogidos se asemejarán á los Angeles; los réprobos á los demonios. Santo Tomás, en la tercera parte de su *Suma*, dice cosas hermosísimas sobre este punto.

En el orden de las cosas sensibles, el cielo, el reino de lo alto, está representado por el cielo material, incommensurable, magnífico, que domina la tierra; y el infierno y el purgatorio están representados y como localizados en los profundos abismos de la tierra, que, como ya sabemos, son devorados por un fuego material inconcebible y por eternas tinieblas. Esos abrasadores abismos son con respecto al infierno y al purgatorio lo que el cuerpo con relación del alma; son un lugar, aunque sea muy inexacto este modo de hablar.

El cielo está allí donde está Cristo. Concretándonos á la tierra, debemos ver el cielo en el sitio que ocupa el Santísimo Sacramento, en los parajes donde se manifiesta la acción y el poder de Jesucristo, y en cualquier parte donde se halla una alma justa y fiel.

Perteneciendo todo esto, lo repito, á un orden distinto del de la naturaleza, único dominio de la ciencia, es muy *natural* y aun necesario que la ciencia humana, abandonada á sus propias fuerzas, no pueda describirlo ni comprenderlo. No es, pues, extraño que no sepa dónde está el cielo, dónde el infierno, y dónde el purgatorio. Nosotros los cristianos sabemos de una manera cierta que existen, y desde el momento en que los datos de la teología no desvanecen todas las obscuridades que hay sobre el modo de ser de esas grandes y tremendas realidades, fácilmente comprendemos que no todos podemos comprenderlo, y que aún más, tampoco debemos comprenderlo todo. Aquí creemos lo que hemos de ver allá, allá veremos lo que habremos creído aquí. Y los sabios incrédulos y los impíos verán de cerca el infierno, porque no habrán creído en él: ¡ay! entonces no será ya tiempo de creer.

## XV

## DUODÉCIMA OBJECCIÓN.

El Cristianismo no es más que una derivación y un perfeccionamiento de las antiguas religiones semíticas.

“En las antiguas religiones de Egipto, de la Persia y de la India, dicen algunos filólogos y algunos arqueó-



logos, se encuentran varios rasgos generales que indican una especie de identidad del Cristianismo con ellas. Es evidentemente la misma idea que se ha ido desfigurando y alterando en sus detalles á medida que ha pasado de un pueblo á otro, y que han ido transcurriendo los siglos. Vense, por ejemplo, los tipos de la unidad de Dios y de la Trinidad de los cristianos, un deslizando en el que juegan su papel una mujer y una serpiente, un Redentor prometido y esperado, que luego aparece sobre la tierra y es adorado como un Dios, sin que falte también una Virgen, madre de ese Redentor. Penas y llamas eternas aparecen como castigo para los malos, y son recompensados los buenos con eternas delicias. Vense semi-dioses, buenos ó malos, protectores ó enemigos de los hombres, y presidiendo á los elementos materiales. Encuéntrase sus cultos, sacrificios, una jerarquía sacerdotal; en una palabra, la base de los dogmas cristianos. Es, por lo tanto, más que probable que el fundador del Cristianismo no hizo más que recoger y apurar todos esos datos primitivos, y que el Cristianismo es sencillamente la derivación y el perfeccionamiento de las antiguas religiones semíticas." Esto es lo que dicen.

El Cristianismo no es tal derivación ni tal perfeccionamiento de las antiguas religiones semíticas, como no es la moneda legítima la derivación ni el perfeccionamiento de la falsa. Nada más verdadero que ese fondo de creencias comunes que se encuentra en el fondo de todas las falsas religiones: los antiguos misterios de Isis

y Osiris en el Egipto, los de Brahma y Visnú y otras divinidades de la India, los de Mithra en la Persia, los de los druidas en las Galias, los de Odin en Escandinavia, y hasta los de la mitología griega y romana, todo, todo anuncia una especie de unidad en el fondo de esas fábulas tan groseras como impuras.

La fe cristiana es la que nos explica admirablemente la razón de esa conformidad naturalmente inexplicable: ella, en efecto, nos enseña que, ya desde el origen del género humano, Dios se reveló por sí mismo y de un modo sobrenatural al hombre, añadiendo así á las luces y á los conocimientos de la razón natural de Adán, otras luces, otros conocimientos de un orden superior: le reveló, exigiéndole que lo creyere, que en la unidad de su esencia divina y eterna habia tres personas distintas: el Padre, el Verbo y el Espíritu de Amor; que el Verbo debía encarnarse y hacerse hombre en la plenitud de los tiempos para ser Señor, Rey y Pontífice visible de la creación; que toda criatura, para ser salva, habia de creer en esa revelación y en el Cristo que tenia que venir, y permanecerle fiel, sirviéndole y amándole; que los prevaricadores encontrarían su castigo en el fuego eterno del infierno, y los fieles su recompensa en la divina bienaventuranza del paraíso; mandó al hombre que rindiera á su Dios un culto interior y exterior, y le enseñó otras muchas verdades cuyo conjunto formó la religión patriarcal. Y esta religión era en cuanto á la substancia, la misma que la de Moisés, la misma que la nuestra; era cristiana, en cuanto toda ella se referia á Cristo; era



católica, en cuanto era universal y hecha para todos los hombres sin excepción.

Noé, depositario de esta santa religión y segundo padre de la humanidad, la transmitió á sus hijos: á Sem, su hijo mayor, cuyos descendientes la llevaron al Asia; á Jafet, que la trajo á nuestra Europa, y á Cam, el hijo maldito, que la introdujo débilmente en Africa, patria de la raza caída. La América fué, según todas las probabilidades, poblada por los descendientes de Sem.

Pero el orgullo del espíritu, unido á la corrupción de las costumbres, alteró paulatinamente en la mayor parte de los pueblos las verdades primitivas de la religión del verdadero Dios: cada pueblo, bajo la influencia de su clima ó de sus gustos particulares, los fué cambiando insensiblemente, y de esta manera nació ó salió, por decirlo así, de la verdad el error, conservando empero, en medio de la depravación de formas y de detalles, los rasgos evidentes de su común origen. Ved ahí la única explicación verídica y científica de la singular semejanza que se nota en los fundamentos de todas las religiones, lo propio que acontece con los de todas las lenguas. Es la alteración de la religión y de la lengua primitivas.

Abraham, y después de él Moisés, fueron los escogidos por Dios para conservar intacto, en medio de la depravación universal, el depósito de la revelación y de la verdad cristiana; pues la verdadera religión ha sido siempre *cristiana*, por sér Cristo el centro luminoso á que todo se refería. El pueblo hebreo fué el único que per-

maneció fiel al Señor, y por esta razón mereció ser llamado el *pueblo de Dios*. Cumplió fielmente su misión hasta la venida de *Cristo Redentor*, quien confió entonces aquel mismo depósito, enriquecido con nuevas luces y con nuevas gracias, al sacerdocio católico y principalmente á los Pontífices romanos, sucesores de Pedro, hasta la consumación de los siglos. Por esto la revelación se nos presenta siempre en una unidad espléndida é inalterable siempre, desde Adán hasta Jesucristo, desde Jesucristo hasta el último Papa, hasta el último cristiano.

Nuestro Señor Jesucristo nada tomó de esas antiguas sectas que encontró esparcidas por la tierra. Lo que hizo fué revelar más explícitamente al mundo lo que en su calidad de *Verbo*, de palabra de Dios, se había dignado revelar á Adán, á los Patriarcas, á Moisés y á los Profetas. El Cristianismo es el complemento de la primera revelación; el desarrollo, no de las fábulas paganas sino de las verdades religiosas conservadas por los hebreos, que las habían heredado de los patriarcas. Del cielo procede y no de la tierra, y los pretendidos sabios semíticos que van á pescar en las aguas, más que turbias, de una antigüedad que no conocen, de un sanscrito que conocen menos, y de un hebreo que conocen mal, son imprudentes personajes cuyo solo mérito consiste en su impiedad.

Así, pues, esos rasgos de semejanza que tan evidentemente se manifiestan en las antiguas sectas religiosas del Asia (pues no debiera decorarse eso con el incommunicable nombre de *religión*), lejos de probar la te-



sis de nuestros modernos racionalistas, dan por el contrario un testimonio de la realidad de una revelación primitiva y de la santidad divina del Cristianismo, que hace brillar con incomparable luz todo lo que de verdadero, de puro y de divino había en aquellas falseadas religiones.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

XVI

## DÉCIMATERCIA OBJECIÓN.

Según los cálculos de la ciencia,  
el mundo tiene que acabar por medio del frío,  
en setenta ó setenta y dos mil años.

Esta ciencia está contando sin la huésped. Podrá ser que siguiendo ciertos cálculos más ó menos aventurados lleguen algunos geólogos á esta refrigerante conclusión; pero, á más de que sus conclusiones distan mucho de ser exactas, esta buena gente, embebida en la observación de la naturaleza, olvida que, aquí como en todo lo demás, no es la naturaleza la única que juega, y que hay dos caballos que han de tirar de la carroza: el caballo de la derecha, el principal, es el orden de la gracia, la unión del misterio de Cristo y de la revelación cristiana; y el segundo, de la izquierda, que tira también, pero cuyas fuerzas están subordinadas al otro, es el orden de la naturaleza, al cual limita la humana naturaleza sus observaciones. Y así como la óptica es la resultante de la visual de los dos ojos reunidos, del mismo modo la ciencia total, la ciencia

completa, es la resultante de las luces de la ciencia sobrenatural que es la fe, y las de la natural que es la razón. Y aun esta comparación es defectuosa, en lo que concierne á la unión de la fe y de la ciencia humana, porque los dos ojos son totalmente, ó á poca diferencia, iguales, y vale tanto el uno como el otro, mientras que aquí la fe es por su naturaleza superior á la razón, por ser luz más viva y hallarse revestida de un carácter de certeza absoluto. Esto no quiere decir que una verdad científica quede destruída por una verdad de fe: ésta á aquella no la destruye, la completa. Si es una simple hipótesis, como las más de las veces sucede, la divina luz de la fe hace ver claramente sus lados defectuosos, ó por el contrario, sus lados verdaderos, y algunas veces su completa falsedad.

Esto acontece con el asunto del fin del mundo. La fe nos presenta como absolutamente falsa la hipótesis ó la conclusión científica del fin del mundo por medio de su congelación. Nos enseña que el mundo será, no *aniquilado*, sino transformado y purificado por medio del fuego. Con todas sus letras lo dice San Pedro en su Epístola segunda: "Los cielos y la tierra que ahora existen, fueron reconstituídos (después del diluvio) por el divino Verbo y reservados para el fuego en el día del juicio." Este fuego será sobrenatural por su intensidad y por su expansión, como en otro tiempo lo fueron las aguas del diluvio, castigo aplicado al mundo antiguo. San Pablo, nos dice además, que este incendio supremo tendrá lugar "en un abrir y cerrar de ojos:



*in actu oculi.*" El mundo, pues, ni terminará *naturalmente* ni por medio del frío, sino sobrenaturalmente y por medio del fuego. No es lo mismo una cosa que otra.

En cuanto á los setenta mil años, dejémoslos dormir en paz con los que con tanta gravedad los calculan. Nadie sabe, y según el Evangelio nadie sabrá de una manera exacta, la época en que deba tener lugar la segunda venida de Jesucristo, que precederá inmediatamente al fuego sobrenatural. Sin embargo, es lícito hacer sobre este particular las conjeturas que se quieran, pero nada más que conjeturas: hasta el Señor nos lo encarga cuando, prediciendo las señales que han de preceder á la venida del Anticristo y al fin del mundo, explícitamente nos dice: "Procurad no dejaros seducir.... Vosotros estad atentos: Ved ahí que os he predicho todo lo que sucederá.... Observad bien, velad y orad; porque no sabéis cuándo llegará el tiempo".... y luego, terminado el profético relato de las últimas pruebas á que se verán sujetos las hombres, añade: "Y vosotros, cuando veais acontecer todas estas cosas, sabed que Cristo está cerca, y que está á vuestras puertas; y cuando estas cosas comenzarán, atended y levantad la cabeza, porque vuestra redención se acerca." Por lo que toca á las señales precursoras, el divino Maestro las enumera una á una en el capítulo veinticuatro de San Mateo, en el veintiuno de San Lucas y en el trece de San Marcos. Mucho conviene leer y releer aquellos pasajes.

Los Apóstoles hablan continuamente en sus epístolas de este fin de los tiempos como de un suceso relativamente próximo, y entre otros San Pablo dice que el principio del fin no llegará hasta después de "la apostasía de las naciones."

Y esta apostasía que Santo Tomás de Aquino declaraba ya haber principiado en su tiempo, parece próxima á su consumación, merced al triunfo de las doctrinas revolucionarias que invaden cada día más el mundo y que han hecho apostatar á todas las sociedades en cuanto son tales sociedades. Ya, por decirlo así, no queda poder católico en el verdadero sentido de la palabra; bajo el punto de vista de los individuos, hay reyes y hay países católicos; pero no existen tales reyes católicos en cuanto reyes, ni naciones católicas en cuanto forman un cuerpo de nación, un Estado, un gobierno.

Otra de las señales que nos da el Señor en el Evangelio, y que parece también próxima á realizarse, es por una parte la disminución de la fe, y por otra la predicación del Evangelio por todos los países de la tierra.

"Este Evangelio del reino (de Dios) será predicado por todo el universo, en testimonio para todos los pueblos y ENTONCES llegará el fin." Ahora bien, ¿no ha sido predicada la fe casi en todo el universo? Las dos Américas y toda la Oceanía con sus innumerables islas han oído ya la palabra de nuestros misioneros: quedaba tan solo llevar el Evangelio á la llanura central del



Asia y al corazón del Africa, y ved cómo desde hace algunos lustros recorren aquellos países los apóstoles de la Iglesia santa. De seguro no pasará medio siglo sin que todos los pueblos hayan recibido el testimonio de Cristo y de su Iglesia.

Yo no soy profeta ni quiero sentar plaza de tal; pero aseguro, y por poca fe que tengáis seréis de mi parecer, que entre dos probabilidades, la de la proximidad relativa de los últimos tiempos está más de conformidad con los infalibles oráculos de la Escritura. Lo que no tiene duda alguna es que el mundo no acabará de una manera natural ni por medio del frío.

## XVII

## DÉCIMACUARTA OBJECCIÓN.

La ciencia moderna no admite el milagro: el milagro es física y científicamente imposible.

¿Y por qué ha de ser imposible?

El milagro es muy posible desde el momento en que hay un Dios creador y soberano Señor del mundo. La ciencia que niega la posibilidad del milagro sólo puede ser la que niega la existencia de Dios. Es indudable que si no hubiese Dios, ó, lo que viene á ser lo mismo, que si Dios no se ocupase de las criaturas, el milagro sería físicamente imposible. Admitiendo por este sistema, que es el de Renan y de toda la moderna escuela racionalista, que la naturaleza entera es lo que

llamamos Dios, tendríamos que las leyes de la naturaleza serían leyes invariables, leyes que ninguna voluntad superior podría suspender; porque, en efecto, sólo puede interrumpir las leyes del mundo aquel que las ha puesto. Pero bien se deja ver que este sistema se cae por su misma base, pues supone que no hay Dios, lo cual es suponer un absurdo.

Un milagro es un hecho *evidentemente* divino, evidentemente superior á las leyes conocidas de la naturaleza. Para que haya milagro es menester que exista esta evidencia. El milagro es la intervención extraordinaria y evidente de la bondad ó de la justicia de Dios en los asuntos de este mundo.

El milagro es un *hecho*, un hecho exterior que los sentidos pueden afirmar con certeza, un hecho del que resulta de una manera absolutamente cierta que el dedo de Dios está allí donde el milagro se verifica. Pongamos por ejemplo la resurrección de un muerto. Ved ahí á un hombre positivamente muerto: la muerte se ha presentado claramente: hasta empieza la putrefacción del cuerpo. Viene otro hombre, y este hombre habla, da una orden al muerto, sin que haya podido emplear otro medio alguno, y el muerto recobra de pronto la vida, se levanta, anda, y se pone á hablar, á comer y á hacer todo lo que nosotros todos hacemos. Demostrado el doble hecho de la verdadera muerte y de la resurrección verdadera, es evidente que hay allí un milagro: en efecto, sólo Dios, dueño de la vida y de la muerte, es quien puede resucitar á un muerto. Si el



Asia y al corazón del Africa, y ved cómo desde hace algunos lustros recorren aquellos países los apóstoles de la Iglesia santa. De seguro no pasará medio siglo sin que todos los pueblos hayan recibido el testimonio de Cristo y de su Iglesia.

Yo no soy profeta ni quiero sentar plaza de tal; pero aseguro, y por poca fe que tengáis seréis de mi parecer, que entre dos probabilidades, la de la proximidad relativa de los últimos tiempos está más de conformidad con los infalibles oráculos de la Escritura. Lo que no tiene duda alguna es que el mundo no acabará de una manera natural ni por medio del frío.

## XVII

## DÉCIMACUARTA OBJECCIÓN.

La ciencia moderna no admite el milagro: el milagro es física y científicamente imposible.

¿Y por qué ha de ser imposible?

El milagro es muy posible desde el momento en que hay un Dios creador y soberano Señor del mundo. La ciencia que niega la posibilidad del milagro sólo puede ser la que niega la existencia de Dios. Es indudable que si no hubiese Dios, ó, lo que viene á ser lo mismo, que si Dios no se ocupase de las criaturas, el milagro sería físicamente imposible. Admitiendo por este sistema, que es el de Renan y de toda la moderna escuela racionalista, que la naturaleza entera es lo que

llamamos Dios, tendríamos que las leyes de la naturaleza serían leyes invariables, leyes que ninguna voluntad superior podría suspender; porque, en efecto, sólo puede interrumpir las leyes del mundo aquel que las ha puesto. Pero bien se deja ver que este sistema se cae por su misma base, pues supone que no hay Dios, lo cual es suponer un absurdo.

Un milagro es un hecho *evidentemente* divino, evidentemente superior á las leyes conocidas de la naturaleza. Para que haya milagro es menester que exista esta evidencia. El milagro es la intervención extraordinaria y evidente de la bondad ó de la justicia de Dios en los asuntos de este mundo.

El milagro es un *hecho*, un hecho exterior que los sentidos pueden afirmar con certeza, un hecho del que resulta de una manera absolutamente cierta que el dedo de Dios está allí donde el milagro se verifica. Pongamos por ejemplo la resurrección de un muerto. Ved ahí á un hombre positivamente muerto: la muerte se ha presentado claramente: hasta empieza la putrefacción del cuerpo. Viene otro hombre, y este hombre habla, da una orden al muerto, sin que haya podido emplear otro medio alguno, y el muerto recobra de pronto la vida, se levanta, anda, y se pone á hablar, á comer y á hacer todo lo que nosotros todos hacemos. Demostrado el doble hecho de la verdadera muerte y de la resurrección verdadera, es evidente que hay allí un milagro: en efecto, sólo Dios, dueño de la vida y de la muerte, es quien puede resucitar á un muerto. Si el



hombre que ha resucitado á aquel hombre lo ha hecho en nombre de Dios, no hay duda de que es Dios quien le ha enviado, y es preciso por lo tanto creerle; y ved ahí lo que ha sucedido con los milagros de los Santos y de los Apóstoles. Si ha obrado en su propio nombre y por su propio poder debemos necesariamente reconocer que este hombre es el mismo Dios, revestido de una forma humana; y ved ahí lo que pasó con respecto á Nuestro Señor Jesucristo.

Una vez reconocida la existencia de un Dios personal y vivo, el milagro, lejos de ser física y científicamente imposible, me parece que, por el contrario, es una cosa muy sencilla. ¿No es muy sencillo que Dios, en casos extraordinarios, se manifieste de un modo también extraordinario? ¿No es muy natural que de una manera extraordinaria consuele á aquellos que le aman y le sirven con un amor y una fidelidad extraordinaria? ¿No es muy propio que de un modo extraordinario castigue á aquellos que con malicia extraordinaria violan las santas leyes que El ha dado al mundo? Dios en esta obra como todos los padres de familia y como todos los superiores justos, buenos y vigilantes.

Dios ha puesto esta ley para el bien de los hombres; y para un bien superior y de que es único juez, la interrumpe á veces. ¿Qué tiene esto de particular? Y sobre todo ¿qué tiene de imposible? La ciencia tiene la pretensión de no admitir más que lo que puede probar: sea. ¿Por ventura no puede probar un milagro?

¿Por ventura no puede probar el hecho de la muerte de un hombre? Pongamos por ejemplo la muerte de Lázaro. Una vez sentado que Lázaro había muerto, ¿no puede acaso la ciencia probar luego el hecho de que este hombre que estaba realmente muerto había vuelto á cobrar la vida? Y por último, ¿no puede por ventura probar, por medio del simple buen sentido y de la recta razón, que un muerto en estado de putrefacción no puede *naturalmente* resucitar, y que en la unión de estos dos hechos, plenamente probados, hay la intervención evidente de un poder infinito, superior á la naturaleza y á todas sus leyes? La ciencia no puede exigir más, y ved ahí un milagro de primer orden *física y científicamente probado*.

Los milagros del Evangelio, los de los Apóstoles y muchos otros milagros célebres de la historia de la Iglesia han tenido este carácter de autenticidad absoluta. Todos ellos han sido física, evidente, absoluta y científica y perfectamente probados. Sus testigos han quedado plenamente *convencidos* de ellos: no siempre han quedado *convertidos* á su vista, porque muchos tenían el corazón lleno de orgullo y de mala fe; pero aquí no se trata de eso. “Este hombre hace milagros (decía Caifás y los fariseos hablando del Señor después de la resurrección de Lázaro), y todo el mundo corre en pos de El. Conviene hacerle morir, porque si no hacemos esto vendrán los romanos y nos maltratarán.” “Estos hombres hacen milagros, decían aquellos mismos impíos viendo el impedido de nacimiento que San Pedro



y San Juan acababan de curar en nombre de Jesucristo á la puerta del templo; estos hombres hacen milagros, y nosotros no lo podemos negar. ¿Qué haremos con ellos?" Ved ahí, si no me engaño, una entera convicción, la evidencia del espíritu, pero al propio tiempo la resistencia de la voluntad. Ahí está el secreto de la incredulidad obstinada de la mayor parte de los impíos: no quieren creer. Y esta resistencia llega á veces hasta el delirio. "Si todo París, decía Diderot, venía á asegurarme que había visto resucitar un muerto, antes que creerlo preferiría creer que todo París se ha vuelto loco." En esta frase están fotografiados Renan y los que siguen su escuela. Todos están poseídos de la locura del orgullo.

Decía que el milagro es un hecho extraordinario. En eso se diferencia de todos los demás misterios de que se componen los fenómenos de la naturaleza; misterios incomprensibles, pero *ordinarios*, es decir, reproduciéndose todos los días. Cincuenta años se necesitan para que una bellota llegue á convertirse en una encina: esta vegetación es un misterio incomprensible, pero es una ley ordinaria del orden vegetal; no es, pues, un milagro. Pero si yo en una hora, en un minuto hiciera en el nombre del Señor transformarse en corpulenta encina una pequeña bellota, eso sería un verdadero milagro. Lo extraordinario es uno de los caracteres esenciales del milagro. El milagro es á la ley que interrumpe lo que es la excepción á la regla.

—Pero, objetará un incrédulo, yo nunca he visto mi-

lagros. Si viese alguno, entonces creería. Enseñadme uno, uno solo.

¡Ilusión grande eso de imaginarse que basta ver un milagro para creer y convertirse! El ejemplo de los judíos recordado algo más arriba lo demuestra hasta la evidencia; y el Señor lo declara con todas sus letras en la parábola de Lázaro y el mal rico: *Si no quieren creer en Moisés y en los Profetas, dice, tampoco creerán aunque vieran resucitar á un muerto.*

Además, si Dios, queriendo condescender con los caprichos de los hombres, hiciera milagros todos los días, la excepción acabaría por convertirse en regla, y en el mundo ya no habría más que milagros. Alteraríanse incesante y caprichosamente las leyes que rigen á la naturaleza, y las fuerzas que rigen á la materia, y que vosotros presentáis como inmutables, obedecerían al capricho, á la fantasía del primer advenedizo.

¿Decís que ya no hay milagros? Os equivocáis completamente: consultad los legajos, los procedimientos de la canonización de los Santos, y veréis que hay todavía milagros, muchos milagros, milagros ciertos, milagros perfectamente probados. Os convenceréis, además, de que la Iglesia es veinte veces más exigente que todas las academias y todos los institutos del mundo, para otorgar el divino título de milagro á un hecho jurídicamente demostrado. El examen imparcial de uno solo de aquellos procesos de beatificación bastó en el siglo pasado, bajo el Pontificado de Benedicto XIV, para convertir á un ilustre protestante. Había encon-



trado pleuamente demostrados muchos milagros que sin embargo Roma había desechado por no encontrarlos tan perfectamente garantidos como se querían.

Sí, ha habido milagros, y los hay todavía, y los habrá siempre en la Iglesia; porque Dios es Dios, y porque á pesar de las ridículas negaciones de la falsa ciencia, Jesucristo, dueño soberano del cielo y tierra, no puede abdicar su real derecho de presentarse, cuando le place, en medio de su imperio, y de adelantar el día de la eternidad para manifestar su gloria, para vengar el honor de su Iglesia, para consolar y glorificar á sus servidores.

La verdadera ciencia admite los milagros, porque reconoce á Dios y su providencia; y los prueba con la Iglesia tan perfecta y tan científicamente como se puede desear.

### VIII

De la pretensión que la ciencia moderna tiene, de no admitir sino lo que comprende.

“La ciencia excluye la fe, y la fe excluye la ciencia.” Tal es la fórmula de ridícula pretensión de los semisabios de no querer admitir más que lo que ellos comprenden. Es una enorme aberración, que sólo pueden disculpar un poco la ignorancia y la irreflexión.

¿Decís que en nombre de la ciencia no admitís sino lo que comprendéis? Pues esto no es verdad. Vosotros pasáis vuestra vida admitiendo, y con una convicción

completa, una continuada sucesión de hechos que no comprendéis, de fenómenos que demostráis, y que creéis sin comprenderlos y hasta sin poderlos comprender. Ahí tenéis á *la fe* en primera línea, al frente de vuestras admisiones; pues la fe consiste en admitir una verdad que se conoce, que se demuestra, pero que en sí misma no se comprende.

Pasáis vuestra vida haciendo actos de fe natural: más aún, vivís de la fe y en la fe. ¿Creéis, sí ó no, en la vida de vuestro cuerpo? ¿Hay para vosotros algo más demostrado y más cierto que este hecho? Y decidme, ¿lo comprendéis? ¿Comprendéis cómo vuestra alma se halla unida con vuestro cuerpo? ¿Comprendéis el hecho de la acción vital de cada uno de vuestros órganos? ¿Comprendéis cómo crecen vuestros cabellos? ¿Comprendéis cómo circula vuestra sangre? ¿Comprendéis cómo digerís vuestra comida y vuestra cena asimilándoos tan perfectamente la substancia de los cuerpos extraños que habéis introducido en vuestro estómago, que el pan, el vino, las legumbres, las frutas, etc., se convierten en pocas horas en vuestra carne, en vuestros huesos, en vuestra sangre, en vuestros nervios y en vosotros mismos? ¿Comprendéis este misterio?

¿Comprendéis en sí mismo el fenómeno de la vista? ¿el de la acústica? No hablo del mecanismo y de las funciones de vuestros órganos: hablo del *cómo* del fenómeno en sí mismo; del hecho que ni por pienso se trata de poner en duda; del hecho que *creéis* y que no comprendéis.



¿Comprendéis cómo nacen y mueren los animales?  
¿Cómo brotan y mueren las plantas? ¿Cómo sale de una bellota una encina y cómo muere?

La muerte es un hecho tan misterioso como la vida; y la muerte, como la vida, es un fenómeno que conviene creer, aunque sea totalmente incomprensible.

Examinadle bien, y veréis con sorpresa que todas las obras de Dios, sean las que fueren, pequeñas y grandes, son en sí mismas incomprensibles; son misterios, misterios propiamente tales. El sabio se diferencia del ignorante en que penetra un poco más adelante en el mecanismo orgánico de los seres. Todos los hombres somos miopes; sólo que algunos lo son un poco menos que los otros: ahí está todo. No hay que envanecerse tanto.

Lo repito: la substancia de todas las criaturas, de todos los fluidos, de todos los gases, de todos los minerales, de todos los vegetales, de todos los animales, es un puro misterio, impenetrable para el espíritu humano. El misterio, es decir, la verdad incomprensible en sí misma, es el sello de todo lo que ha salido de las manos de Dios. El hombre comprende todo lo que el hombre hace, pero está obligado á admitir, sin comprenderlo, todo lo que hace Dios.

La fe natural es el fundamento de la vida humana, como la fe sobrenatural es el fundamento de la vida cristiana. Una y otra son soberanamente razonadas y razonables. Los misterios de la fe son como los misterios de la naturaleza: verdades, hechos absolutos, cier-

tos, que se deben creer y que no se pueden comprender. Se puede conocerlos con una certeza razonada y completa; se demuestran, pero no se comprenden.

Aquel que no quisiera admitir, en el orden de la naturaleza, un hecho demostrado, un misterio conocido, sería llamado loco: aquel que, en el orden de la religión, no quiere admitir el misterio revelado, conocido, cierto, es llamado incrédulo. El incrédulo es un loco en el orden espiritual, y es además, ó un gran culpable, ó un gran ignorante. Es culpable, si se opone á someter su espíritu por orgullo ó por rebelión; es un miserable ignorante y un pobre ciego, si su falta de fe procede de que no sabe lo que debería saber.

Cuéntase que comiendo un día el P. Lacordaire al lado de un estudiante que había sentado animosamente el famoso principio de la ciencia moderna: "Tengo mi razón, y no admito lo que no comprendo," se contentó con preguntarle si admitía las tortillas. A la sazón se estaba sirviendo una.

—¿Las tortillas?—replicó sorprendido el joven.

—Sí, las tortillas.

—Pues, es claro que las admito.

—Y ¿podrías decirme, caballero, de qué modo el mismo fuego que ablanda y derrite el plomo, hace endurecer los huevos y prepara de este modo vuestra tortilla?

—A fe que no,—contestó el estudiante, que se estaba propinando una porción de ella.

—Veo con gusto,—repuso atentamente el padre La-



cordaire,—que esto no os impide el que creáis en las tortillas.

La pretensión que la falsa ciencia tiene de no admitir sino lo que ella comprende, es sencillamente un certificado de irreflexión y de debilidad de espíritu. El incrédulo, sabio ó no, es un espíritu débil que no se siente con fuerzas suficientes para sostener el peso divino de la verdad; es un ojo enfermo que se cierra al resplandor de la luz; es un cobarde que huye al ver á Dios, y que huyendo se hace el valiente. Echase en los hombros, á guisa de escudo, algunos girones del real manto de la ciencia, con la esperanza de ilusionar de este modo á su vencedor.

Para creerse necesita energía, inteligencia y corazón. El acto de fe católica es un acto de virtud, es decir, un acto de fuerza, un triunfo sobre el orgullo del propio espíritu y sobre las pasiones del corazón.

También la ciencia es una fuerza, dada al hombre para que por su medio suba con más valor hacia su Dios. Ved ahí por qué la ciencia, la verdadera ciencia, es modesta é instintivamente religiosa, experimentando más y más, á medida que va aumentando, la verdad de la célebre frase de Bacon: “La ciencia falsa aleja de la Religión, la verdadera ciencia acerca á ella.”

Así, pues, la pretensión, *soi-disant* científica, de no admitir lo que no se comprende, es racionalmente insostenible.

## XIX.

Que no basta el conocimiento de las causas secundarias para constituir un verdadero sabio.

El conocimiento de las causas secundarias pertenece á la falsa ciencia, si la hay, y este conocimiento más bien aleja de la fe que no acerca á ella.

Llámase *causa secundaria* (en contraposición á la *causa primera*) lo que más ó menos inmediatamente produce un fenómeno natural cualquiera. Así, por ejemplo, la causa secundaria del rayo es el desprendimiento de la electricidad latente de las nubes. La causa secundaria de una epidemia es tal ó cual corriente mística, tales ó cuales insectos microscópicos que infectan el aire. La causa secundaria de una revolución es el conjunto de los acontecimientos que la han preparado. Y así de todos los demás.

La ciencia, ó más bien el saber de la mayor parte de nuestros sabios modernos, no va más allá de las causas secundarias. Debemos confesar que de un siglo á esta parte se han hecho bajo este punto maravillosos adelantos: merced al perfeccionamiento de los instrumentos de que se sirven los sabios, principalmente en astronomía, en física y en química, se han descubierto miles de causas secundarias en extremo interesantes. Algunos sabios han llegado á cierta altura respetable en la penetración de las causas secundarias; y les oímos con tanto placer como admiración cuando nos ex-



plican el cómo y el por qué *inmediato* de una porción de fenómenos naturales. Ellos explican la lluvia, la tempestad, el trueno, el granizo, los fenómenos de la luz y de la acústica, el curso de los astros, sus revoluciones y sus leyes especiales; explican los fenómenos anatómicos y fisiológicos, y penetran en el fondo de muchas cosas naturales desconocidas ó poco conocidas hasta ahora. Esto es saber, verdadero saber, y la Iglesia es la primera en rendirles homenaje.

Mas ¿es verdaderamente sabio por haber levantado el velo que cubre las cosas naturales? Este conocimiento ¿pertenece verdaderamente á la ciencia? Sí y no. Lo es, si por ciencia se entiende simplemente una gran dosis de saber y una cantidad de inteligentes observaciones, bien hechas, y reunidas como formando un bonito ramo. No lo es, si por ciencia se entiende la penetración, el conocimiento de las cosas hasta llegar á su causa primera. La ciencia imperfecta de las cosas segundas es á la ciencia viva y propiamente dicha, lo que un ramo de flores arrancadas de sus troncos son á las bellas plantas de donde han sido arrancadas aquellas flores. El ramo, por hermoso que sea, ya no tiene vida, por el contrario, la planta con sus hojas, sus flores, sus tallos, su savia y sus raíces es una obra completa, obra viviente del Creador.

Hay tres categorías de sabios ó de hombres calificados de tales: los materialistas, los deistas y los cristianos. Los materialistas pueden tener ciencia; pero no tienen jamás la ciencia, esa ciencia perfecta que llega

hasta el fondo de las cosas, que se eleva hasta la causa primera. Los deistas, que llegan hasta Dios, hasta el Sér supremo y necesario, tienen una ciencia sin vida, una ciencia esencialmente imperfecta, porque el *dios* que ellos reconocen no es el Dios vivo, el solo Dios verdadero, Creador y Señor del mundo: su *dios* es el dios filosófico, ó si se quiere, es el verdadero Dios, pero conocido únicamente por el exterior y de una manera por lo tanto absolutamente incompleta.

Únicamente los cristianos pueden ser sabios, en toda la acepción de la palabra, porque sólo ellos llegan hasta el Dios verdadero y vivo, que es Jesucristo. El mundo de la naturaleza, que es el dominio de la ciencia, existe por Jesucristo y para Jesucristo; la fe viene á completar la ciencia, haciéndole conocer plenamente al Autor de la naturaleza, que es al mismo tiempo el Autor de la gracia. En esta unión de la ciencia y de la fe reside totalmente la distinción entre el dominio natural y sobrenatural: no hay allí ni división ni confusión; no hay más que distinción en la unión y unión en la distinción.

Jamás creeremos haber dicho demasiadas veces que sin la fe no puede la ciencia humana llegar hasta la causa primera de cosa alguna. Si la fe se queda superficial, aun cuando más profunda parece, se queda siempre á flor de tierra, sin poder jamás remontar bien su vuelo. Únicamente la fe es quien revela á la inteligencia la causa primera de todas las cosas. Y esta causa que es preciso encontrar so pena de permanecer siem-



pre extraños á la ciencia completa y viva, es en primer lugar el misterio universal de Cristo, tipo fundamental de todas las obras exteriores de Dios, y luego, profundizando más, ó si se quiere elevándonos más, es el misterio de la unidad de Dios en la Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Todo conocimiento que no tenga por fin el misterio de Jesucristo y el de la vida de Dios en la adorable Trinidad, no es la ciencia propiamente dicha.

¡Qué superioridad da la fe á los sabios que la tienen sobre los que de ella carecen! Ella les da la llave de la ciencia, dándoles á Jesucristo. “*Esta llave abre, dice la Escritura, y nadie puede cerrar lo que ella abrió: cierra, y nadie puede abrir lo que ella cerró.*” ¿No os hace gracia el ver que la ciencia humana, para conservar su corona, se ve precisada á inclinar su frente ante Aquel que ha dicho: “Yo soy el principio y el fin (1);” y que para penetrar los misterios de la Naturaleza el genio del hombre necesita recurrir á la fe? A Dios gracias, de día en día aumenta el número de los sabios cristianos; esto será la salvación de la ciencia, y esto le preparará su porvenir.

## XX.

Que en materia de religión sucede muy á menudo que los sabios son prodigios de ignorancia.

Sucede muy á menudo que uno se encuentra con verdaderos sabios que no son cristianos. Algunos hasta son francamente incrédulos. Esta incredulidad, so-

(1) Apoc. XX.

mos los primeros en confesarlo, no destruye su saber. Pero ¿puede sentarse en este hecho un argumento válido contra la fe?

De ninguna manera. Para que la palabra de un sabio constituya autoridad, es preciso que este sabio hable de lo que sabe: ¿no es así? Porque ¿qué autoridad tendrán las aserciones de la química si se trata de historia? ¿y las de un matemático si se trata de medicina? ¿y las de un astrónomo si se trata de historia natural? Rafael es el rey de los pintores: en tratándose de dibujo, de colorido, de gusto, su autoridad sería la primera entre todas las demás; pero si Rafael viniera á hablarnos de medicina ó de astronomía ó de cualquier otro conocimiento absolutamente extraño á su arte, fácil es de comprender que su autoridad tendría un peso muy pequeño. Y eso pasa, no diré con *la mayor parte*, sino con *todos* los sabios incrédulos. Es preciso hacerse cargo que un verdadero sabio que ataque la religión es que no la conoce, ó lo que es peor todavía, que tiene de ella un conocimiento imperfecto. Y desde luego tenemos que su autoridad no es ya la de un sabio, sino la de un ignorante.

¡Cuántos son, por desgracia, los sabios que han pasado su vida toda entre sus libros, sus instrumentos y sus retortas; que con una paciente tenacidad han aplicado su bella inteligencia al estudio y resolución de los problemas de las ciencias exactas, de la física, de la astronomía, hasta de los de la filosofía, y que jamás han sabido una palabra del Catecismo!



Esto nos trae á la memoria la sencilla al par que profundísima frase del buen Párroco de Ars, contestando á un hombre muy instruido que le decía:

—Tengo la desgracia de no tener fe.

—¿No tenéis fe? Pues es singular, le dijo aquel santo hombre: yo me figuraba ser muy ignorante, pero veo que vos lo sois todavía más que yo. Yo á lo menos sé lo que se ha de creer y lo que se ha de practicar.

¡Cuántos son los sabios que se encuentran en la misma posición con respecto al jefe de su parroquia!

Nacidos y educados en épocas desgraciadas, no han sido iniciados en el conocimiento de Dios y de su Religión; y después, arrastrados por el torbellino del mundo y por su apasionado amor á la ciencia, han quedado absorbidos por uno y otra. El mundo sobrenatural, el mundo cristiano es para ellos un mundo desconocido; ó si le conocen, es únicamente por las burlas y desprecio que de ella hacen las personas en medio de las cuales viven casi siempre. A muchos conozco por este estilo, tan profundamente ignorantes de las cosas del cielo como sabios y enterados de las cosas de la tierra.

En cuanto á la *impietad* propiamente dicha, esta es menos excusable en los sabios que en los demás; el sabio, por regla general, es un espíritu superior, é indudablemente Dios pedirá más estrecha cuenta de sus pensamientos y de sus opiniones á un espíritu cultivado que á un espíritu vulgar.

Al propio tiempo que aumenta de un modo considerable el número de los sabios cristianos, disminuye, y debemos consignarlo, el de los sabios impíos. Vemos ya á pocos de esos furiosos que atacan á la Religión á tontas y á locas, en las cátedras, en las escuelas y en los libros, como los hubo durante los treinta ó cuarenta primeros años de este siglo. Esta rabia ha pasado como una antigua epidemia producida por los mismos revolucionarios del 93. Sin embargo, de algunos años á esta parte ciertos profesores materialistas y también ciertos escritores han tratado de avivar el mal extinguido fuego que entonces con tanta intensidad ardiera; mas tenemos un placer en poder consignar que tal vez no figura entre ellos un solo hombre digno de ser titulado sabio.

Pero lo que hoy tiende á prevalecer, y que es tal vez más peligroso todavía que la atrevida brutalidad de nuestros antiguos profesores de ateísmo, es el racionalismo insípido, de moderadas apariencias, deferente para con el Cristianismo y titulándose lleno de respeto hacia la Religión. Es la serpiente que reemplaza al oso, y que es más hábil, más fino, más peligroso y más civilizado. El *Journal des Debats* es su periódico, y MM. Cousin, Taine, Littré, Renan y otros por el estilo son los tipos de esa peligrosa especie de doctores. Imposible sería el decir los estragos que causa este método de hipócrita incredulidad. Temible es sin duda un torrente, pero *no hay peor agua que el agua mansa*. ¡Tengan



cuidado los ratoncillos de nuestras escuelas con los gatos de la ciencia moderna!

No, la falta de fe no prueba nada contra la fe, ni aun cuando se presenta escudada por la ciencia. Lo único que prueba es que se puede ser muy sabio por un concepto, y por otro muy ignorante.

Sobre esta última observación llamo muy particularmente la atención de los jóvenes que tienen la desgracia de tener por maestros á hombres de mérito, pero sin religión. Que procuren no confundir lo que es esencialmente distinto, el saber natural y el saber sobrenatural, la ciencia humana y la ciencia divina, el sabio y el cristiano. Honremos la ciencia; nada hay más legítimo que esto; pero compadezcámonos, como lo merece, su ignorancia religiosa, y si tiene la desgracia de ser impío, detestemos su impiedad porque es detestable.

¡Cuán grande es la responsabilidad, ante Dios y ante la familia, de un maestro de error, que únicamente se sirve de la ciencia, ese don sublime del Hacedor, para apartar de Dios á una juventud demasiado confiada.

## XXI

Por qué las ciencias exactas falsean á menudo el criterio y alejan de la fe.

Llámanse ciencias exactas á todos los conocimientos que son susceptibles de una demostración matemática. Todas las ramificaciones de las matemáticas son cien-

cias exactas; fuera de las matemáticas no veo que existan otras ciencias exactas.

Pero no hagamos jugar el vocablo. Toda ciencia verdadera es *exacta*, porque exactitud y verdad son una misma cosa. Toda verdad claramente fijada, de cualquier orden que sea, es un conocimiento *exacto*. Muy á menudo se contentan los hombres de fórmulas y de frases: esta sola denominación de *ciencias exactas*, de *verdades absolutas*, aplicada sólo á los conocimientos matemáticos, induce á una porción de espíritus superficiales á creer que las matemáticas tienen un privilegio de verdad de que están excluidas las demás ciencias; que un conocimiento, para que sea absolutamente verdadero, tiene que demostrarse matemáticamente; y que los matemáticos son por excelencia los hombres de la verdad, superiores por lo tanto á los demás hombres. Los mismos matemáticos abrigan con harta frecuencia esta convicción; con harta frecuencia son tercios, absolutos, mordaces, y con harta frecuencia también se creen infalibles. Todo esto es soberanamente ridículo y absolutamente falso. No es difícil el comprenderlo.

La inteligencia humana es *una*; ella distingue la verdad por medio de esa luz absoluta, soberana, superior á toda prueba, que se llama *la evidencia*. Cuando una verdad es en realidad *evidente*, la inteligencia debe admirarla, so pena de ser tildada de locura. Todo hombre, sabio ó ignorante, que no quiera admitir una verdad evidente, será tenido por loco. Lo que es evidente,



cuidado los ratoncillos de nuestras escuelas con los gatos de la ciencia moderna!

No, la falta de fe no prueba nada contra la fe, ni aun cuando se presenta escudada por la ciencia. Lo único que prueba es que se puede ser muy sabio por un concepto, y por otro muy ignorante.

Sobre esta última observación llamo muy particularmente la atención de los jóvenes que tienen la desgracia de tener por maestros á hombres de mérito, pero sin religión. Que procuren no confundir lo que es esencialmente distinto, el saber natural y el saber sobrenatural, la ciencia humana y la ciencia divina, el sabio y el cristiano. Honremos la ciencia; nada hay más legítimo que esto; pero compadezcámonos, como lo merece, su ignorancia religiosa, y si tiene la desgracia de ser impío, detestemos su impiedad porque es detestable.

¡Cuán grande es la responsabilidad, ante Dios y ante la familia, de un maestro de error, que únicamente se sirve de la ciencia, ese don sublime del Hacedor, para apartar de Dios á una juventud demasiado confiada.

## XXI

Por qué las ciencias exactas falsean á menudo el criterio y alejan de la fe.

Llámanse ciencias exactas á todos los conocimientos que son susceptibles de una demostración matemática. Todas las ramificaciones de las matemáticas son cien-

cias exactas; fuera de las matemáticas no veo que existan otras ciencias exactas.

Pero no hagamos jugar el vocablo. Toda ciencia verdadera es *exacta*, porque exactitud y verdad son una misma cosa. Toda verdad claramente fijada, de cualquier orden que sea, es un conocimiento *exacto*. Muy á menudo se contentan los hombres de fórmulas y de frases: esta sola denominación de *ciencias exactas*, de *verdades absolutas*, aplicada sólo á los conocimientos matemáticos, induce á una porción de espíritus superficiales á creer que las matemáticas tienen un privilegio de verdad de que están excluidas las demás ciencias; que un conocimiento, para que sea absolutamente verdadero, tiene que demostrarse matemáticamente; y que los matemáticos son por excelencia los hombres de la verdad, superiores por lo tanto á los demás hombres. Los mismos matemáticos abrigan con harta frecuencia esta convicción; con harta frecuencia son tercios, absolutos, mordaces, y con harta frecuencia también se creen infalibles. Todo esto es soberanamente ridículo y absolutamente falso. No es difícil el comprenderlo.

La inteligencia humana es *una*; ella distingue la verdad por medio de esa luz absoluta, soberana, superior á toda prueba, que se llama *la evidencia*. Cuando una verdad es en realidad *evidente*, la inteligencia debe admirarla, so pena de ser tildada de locura. Todo hombre, sabio ó ignorante, que no quiera admitir una verdad evidente, será tenido por loco. Lo que es evidente,



es absolutamente cierto; la evidencia es, como dicen los filósofos, el criterio de la certeza. Esto todo el mundo lo admite.

Mas ved ahí por dónde pecan gran número de matemáticos. Habitados á nutrir su espíritu únicamente con abstracciones y demostraciones matemáticas, se van haciendo paulatinamente incapaces de comprender y respetar los demás ramos de los humanos conocimientos. Es que en ellos los sentimientos acaban por consumirse ó debilitarse.

Alimentándose con azafrán, acaban por volverse completamente amarillos, por no comprender más que lo amarillo, por no apreciar sino lo que es amarillo; todo lo que no es amarillo, para ellos nada es. Por lo demás, y eso nada tiene de extraño, este es el escollo intelectual de casi todos los hombres especiales.

Para los matemáticos, perdidos en la aparente sublimidad de sus abstracciones y de sus concepciones que se remontan á cierta altura á que es difícil seguirles, hay además otro escollo no menos temible: el del orgullo. Tiénense fácilmente por inteligencias de gran potencia, porque en efecto se requiere cierta fuerza de concepción y de memoria para seguir determinadas series de demostraciones abstractas; se creen superiores á los demás hombres, porque tienen cierta superioridad que de ningún modo impide el que bajo otros conceptos, mucho más importantes, se hallen en completa inferioridad. Y este orgullo, unido al escollo inherente á la índole misma de sus estudios, es el verda-

dero motivo de que los matemáticos, con mayor frecuencia que los demás, pierdan la fe y el buen sentido.

En los jóvenes hay todavía un nuevo motivo que es fácil adivinar: esas feroces matemáticas, á pesar de toda su sublimidad, dejan completamente libres las pasiones. Es una religión muy cómoda la de las cifras y de los signos, de los cálculos infinitesimales, del álgebra y el análisis.

La evidencia matemática produce *la certeza matemática*; nadie pretende negar la realidad de esta certeza. Es absolutamente cierto que dos y dos hacen cuatro; que los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos ángulos rectos; que lo que está matemáticamente demostrado es verdadero. Pero al lado de esta fórmula de la certeza y de la evidencia hay muchas otras tan importantes y tan reales como aquellas, y esto es lo que muy á menudo se olvida en el país de las matemáticas. Por ejemplo: existe la evidencia y la *certeza de los sentidos*. Cuando os acercáis á mí, y nos hablamos, y nos vemos, y nos estrechamos la mano, estoy tan absolutamente cierto de este hecho, de esta verdad, como lo estoy de que dos y dos son cuatro. Esto es *evidente*, está fuera del alcance de toda demostración; es una *verdad absoluta*. Y sin embargo, esta verdad es de un orden totalmente distinto del á que pertenece la verdad matemática.

Lo mismo pasa con la *verdad histórica*: es absolutamente cierto, es evidente que á principios de este siglo



existió un Napoleón I, que hizo tal y cual campaña y que ganó tal y cual batalla; que existieron Luís XIV, Enrique IV, San Luís y Carlo-magno, que fueron poderosos soberanos y que llevaron á cabo tales ó cuales acciones que ilustraron su reinado; que en el siglo IV hubo un gran Doctor nacido en Africa y llamado Agustín, y en Milán otro gran obispo llamado San Ambrosio, y que fué contemporáneo de San Agustín; que la Religión fué predicada en el mundo por San Pablo, San Juan, San Pedro y los demás Apóstoles; que César, Platon, Sócrates, Alejandro y otros han hecho lo que la historia cuenta, etc. Estos son hechos ciertos, y por consiguiente verdades; y verdades que ningún hombre de regular buen sentido se atreverá á negar. Cuando un hecho histórico cualquiera está revestido de ciertos caracteres, su realidad se hace cierta, evidente. Un hecho histórico cierto es tan absolutamente cierto como dos y dos son cuatro, y no lo lleven á mal los señores matemáticos. Luego: *una verdad histórica es una verdad demostrada.*

Después de la certeza histórica, se nos presenta la *certeza de conciencia*. Ella comprende todos los fenómenos íntimos del espíritu ó del corazón, ó de la voluntad. ¿Quién podrá jamás en la vida persuadirme que yo no pienso en tal ó cual cosa, cuando yo observo que estoy pensando en ella? ¿O de que no amo á tal persona, cuando yo siento que la amo? También aquí hay evidencia á cuanto cabe. Estos son hechos absolutamente ciertos, y con respecto á ellos abrigo una

certeza tan completa como con respecto á las demás verdades que acabamos de citar.

Lo mismo acontece con la *certeza moral*. ¿Quién podrá jamás persuadirme de que no hay diferencia entre el bien y el mal? de que no es un mal el asesinar ó el robar? de que la impura cortesana es tan pura como la Hermana de la Caridad? de que San Francisco de Sales y San Vicente de Paul valgan poco más ó menos como Cartouche y Mandrin?

Digamos lo propio de la *certeza del testimonio*, siempre en la inteligencia de cuando se halla revestido de ciertas condiciones exigidas por el buen sentido y por la sana filosofía.—¿No estáis absolutamente cierto de que existe tal ó cual país que nunca habéis visto y que tal vez jamás veréis? ¿No lo estáis de que hay un emperador chino? de que un Papa tal, gobierna hoy la Iglesia? de que se ven en Roma la magnífica basílica de San Pedro, el Capitolio, el Coliseo y las ruinas del Foro? Trátese de probaros que esto no es verdad, y por toda respuesta os encogeréis de hombros ú os figuraréis que se burlan de vos, en lo cual tendríais mucha razón. Aquí tenemos todavía evidencia, y por lo tanto certeza absoluta.

Con el mismo carácter de autoridad soberana se nos presenta la *certeza metafísica* ó filosófica. Si para mi razón es evidente que dos y dos son cuatro, no lo es menos para esta misma razón que no hay efecto sin causa, que dos ideas contradictorias no pueden ser



igualmente verdaderas, y así de todas las demás verdades filosóficas.

Podríase tal vez encontrar aún otras clases de evidencia y de certeza; mas estas son las principales. Su conjunto forma los conocimientos del espíritu humano: todas ellas son igualmente verdaderas, igualmente útiles é igualmente respetables: todas vienen á parar á este punto central y único que se llama la razón, y que hace que el hombre sea un hombre. La razón, ilustrada por medio de todas esas fórmulas de la evidencia y de la certeza, puede ser comparada con un revólver de muchos tiros. El revólver no tiene más que una sola empuñadura y una sola llave, y sin embargo dispara cinco, seis, siete tiros; y cada uno de sus cañones tiene la misma fuerza y la misma carga que los otros. El matemático, acostumbrado á no servirse más que de uno de estos cañones, no hace caso de los otros, y usa tan escasamente de ellos que acaban por enmohecerse, y los otros seis cañones, por cargados que estén, no pueden soltar sus tiros.

Podríase también comparar el fenómeno intelectual de la certeza con la luz y el prisma: á través del prisma, la luz, que es una, toma diversos matices que forman el espectro solar. El ojo que percibe uno de los matices del espectro solar, percibe la luz pero no toda la luz; asimismo un hombre especial que percibe un orden de verdades, percibe la verdad, sí, pero no la percibe toda. Aquel que niega las verdades de un orden distinto de las que él conoce, es como un hom-

bre que negase la realidad del azul, del rojo, del violado, del verde, etc., sólo porque él no ve más que el amarillo.

Es preciso que la razón y el buen sentido se sobrepongan á todo, hasta á la ciencia: sin esto la ciencia misma se convierte en un escollo, y en vez de iluminar, ciega.

Este es el peligro de nuestras grandes escuelas especiales, y sobre todo de la Escuela politécnica, de la Escuela normal, de la Escuela de medicina, y de otras escuelas por el estilo.

## XXII

Del abuso que en nuestros días se hace de los estudios científicos, matemáticos y demás.

Todo el mundo está de acuerdo en rendir homenaje á la ciencia, y las chanzas que puedan atraerse los sabios no impide el que ellos sean apreciados. Pero hay dos peligros en el estudio de las ciencias: primero, el de aprenderlas superficialmente, lo que conduce á que se esté orgulloso de poseerlas; y segundo, el de aprenderlas con demasiada profundidad, con tal extensión que no quede en su mente lugar para nada más, ni siquiera para Dios.

Este doble abuso se halla á la orden del día, desde hace ya más de un siglo. Nació de la incredulidad y de las aberraciones que se titulan filosóficas de la escuela volteriana, que ha querido llenar por medio de la ciencia el vacío inmenso producido en las almas con



la exclusión de la fe. Se ha imaginado un nuevo sistema de educación diametralmente opuesto al de la Iglesia: la Iglesia, poniendo cada verdad en el lugar que le correspondía, las subordinaba con un talento y una lógica maravillosa, y la ciencia divina, la fe y la teología dominaban, como era justo, todas las ciencias puramente humanas. Vino el filosofismo, y puso de lado la Iglesia y la fe, é inventó contra ésta y aquella todo un sistema de educación y de enseñanza revolucionarias, que se pudiera llamar educación científica.

Los que en el último siglo adoptaron este sistema se equivocaron miserablemente. Se habían figurado que la educación científica era la educación propiamente dicha, mientras que no es más que una parte incomparablemente pequeña y la menos importante de la educación, pues carece de valor si no se apoya en la educación moral. Se han dedicado todos los talentos á la ciencia, y se ha hecho de la moral una especie de accesorio, un suplemento de pura conveniencia. Esta educación científica y anticristiana ha producido en menos de treinta años las horribles hecatombes del 89, del 93 y del *Terror*.

Ella ha sobreexcitado y llevado á su colmo la pasión que hoy día devora á nuestra sociedad, á saber: la fiebre de goces, y la aspiración al bienestar material y al lujo.

Ella tiende á cambiar el mundo transformándolo en un pueblo de industriales, de obreros hábiles para hacer máquinas, puentes, caminos de hierro, tejidos, hi-

lados, lienzos, algodones. Pero ¿es todo esto lo que constituye el hombre? ¿Es el hombre una máquina, un útil destinado á ganar el mayor salario, á producir los mayores resultados materiales posibles en un tiempo dado? ¿Es que no tiene el hombre otro fin que el material, el industrial, el terrestre? ¡Qué aberración!

Es que se necesita la moral para contener la acción peligrosa de la ciencia, acción mucho más peligrosa desde que esta ciencia anda sola. ¿Qué es, en efecto, la moral sino la alta dirección de la vida? ¿Y qué es esta dirección sino el conocimiento y el servicio de Dios, ó, en otros términos, el conocimiento y la práctica de la Religión? Sólo la Religión nos hace vivir en la vida real, que se resume en tres puntos fundamentales: el servicio de Dios, los deberes de estado y los deberes de familia. La educación científica, tal como la entiende el mundo moderno, no es tan sólo impotente para llenar este triple objeto: lo ignora y lo desconoce; lo ignora y se vanagloria de ignorarlo. Ella arroja al niño, y por consiguiente al hombre, y por consiguiente á la sociedad, en una senda desviada; le hace vivir fuera de la vida real, y de ahí procede un desorden incalculable, inmenso.

Ella enseña á nuestra inteligente juventud lo que en resumen puede impunemente ignorar un perfecto hombre de bien. Cuántas patas tiene una araña; cuántos pesan la luna y el sol, á cuántos millones de millones de leguas de distancia nos hallamos de tal ó cual planeta; en qué órganos se forma el veneno de la ví-



bora; cómo se verifica en el estómago de un gusano el acto de la digestión; de cuántos elementos se forma la pata de un pato, ó la hoja de un árbol, ó la piel de una rana; cuáles son las costumbres de los abejorros.... Ved ahí lo que saben nuestros jóvenes *sabios*. Cómo se justifica y se regenera su alma; lo que Dios nos ha revelado; lo que es la base de la vida, el secreto del deber y de la felicidad; ved ahí lo que ellos ignoran. Poco les importa el saber si tiene el hombre una alma inmortal; hasta acontece á menudo que niegan la existencia del alma. Su inteligencia y su corazón crecen fuera de Aquel que es la Luz, la Vida y el Amor; viven sin Dios, extraños á Jesucristo y á la Iglesia. Se les ha colmado tanto de cosas accesorias, que no hay en su corazón sitio alguno para las principales. Nada hay mejor que enterarse de lo accesorio, pero ha de ser con la condición de que se sepa primera y sólidamente lo principal, lo único necesario. Más de un siglo acá pasa todo lo contrario entre nosotros.

En Francia, toda la Universidad en peso descansa sobre esta base esencialmente falsa; la educación científica es cada día más y más su sistema; quiera ó no quiera, la Universidad es la enemiga íntima de la Iglesia, la nutridora y la congregación docente de la sociedad revolucionaria; es la poderosa máquina neumática que quita á nuestras generaciones, si no la fe, por lo menos el espíritu cristiano, el espíritu católico, el espíritu de la fe. A pesar de las virtudes privadas y del indisputable saber de sus miembros, la Universidad es,

por su misma esencia, el gusano roedor de la Francia católica; es un principio deletéreo colocado junto á la raíz misma de esta noble planta.

De la educación científica y sin fe nos ha venido ese desbordamiento de insolentes doctrinas que juzgan á Dios sin miramiento alguno y que le piden cuenta de sus decretos; de ahí también esa falange tan numerosa á cuyos individuos con tanta facilidad se da el título de sabios, cuyos individuos han usurpado una influencia ilimitada. Muy á menudo sucede que de tal modo les ha desviado la educación científica, que ni tan siquiera la posibilidad admiten de su error; y vedlos ya infalibles. Las ciencias matemáticas sobre todo se han convertido para ellos en una especie de religión; son devotos de las matemáticas; y llevando en su propio pecado la penitencia, de conocimientos esencialmente verdaderos sacan, no sólo un orgullo que les ciega, sino también errores, graves errores que les hacen caer en deplorables abismos.

Con el pretexto de que las matemáticas enseñan al hombre á raciocinar con seguridad sobre las relaciones de la magnitud, y proporcionan un maravilloso instrumento de solución para todas las cuestiones, cuyos elementos todos son ó pueden ser conocidos; con el pretexto de que las matemáticas, con todo su orden de ideas, resuelven con rigurosa exactitud toda clase de problemas, se quiere resolver todo por medio de las matemáticas; se quiere tratar, por medio de su auxilio,



una porción de cuestiones de orden totalmente distinto y cuyos elementos no se poseen todos.

Por lo demás, las matemáticas, que prestan los mayores servicios cuando se les aplica bien, desatinan por completo cuando se les aplica mal; y desatinan tanto más cuanto que el matemático, no habiendo visto la falsedad de su punto de partida, se figura que le pone á cubierto el incontestable rigor de sus deducciones. En materia de ciencia hace lo que Rousseau hizo en materia de teorías sociales: el gran sofista, padre de la Revolución, partiendo de un principio falso, sacaba las interminables consecuencias lógicas cuyo conjunto forma el Evangelio, ó por mejor decir, el Alcoran, de eso que se llama sociedad moderna.

Esto han hecho todavía con mayor ruido los sansimonianos, los fourieristas y tantos otros ideólogos, muy sabios y muy absurdos á un mismo tiempo, entre los cuales figuraban gran número de distinguidos matemáticos. Eran utopistas, inteligencias falseadas, cabezas indefinidas, hombres imposibles, rectos y sinceros muchas veces en la profesión de sus errores, pero por esta misma razón desprovistos de sentido común.

Ahí está también en el fondo el error de una porción de politécnicos, de sabios é ingenieros, á quienes con razón se atribuye un increíble absolutismo. Verdad es que no son las matemáticas ni las ciencias las responsables de esas aberraciones; es la educación racionalista que ha proporcionado el estudio impropio de esas ciencias; ved ahí la culpable.

Ella es la que hace salir al hombre y por consiguiente á las sociedades de las vías únicas verdaderas, únicas fecundas, de la vida real; ella la que ataca de frente á la fe, á la razón pública, á la verdadera ciencia y al buen sentido; ella la que inhabilita para los negocios y para las grandes empresas verdaderamente civilizadoras; ella la que hace al hombre discutidor, terco en sus propias opiniones, innovador por esencia, y menospreciador de la autoridad y de las sanas tradiciones. Ella es la que engendra la terrible raza de los semi-sabios, inteligencias falsas, orgullosos revolucionarios, descontentos de lo que tienen, idólatras de los gustos y de las ideas extranjeras, dispuestos siempre á echar por tierra lo que ellos desprecian, es decir, todo. Poseen el orgullo de la ciencia sin poseer su substancia.

Contra este deplorable sistema de enseñanza es preciso obrar enérgicamente y según la medida de nuestra influencia. Es preciso á toda costa volver á colocar la enseñanza y la educación á su verdadero sitio: la enseñanza religiosa, la moral cristiana. Es preciso por medio de la fe y de su práctica contrabalancear por de pronto, y después si es posible reformar totalmente la obra absurda é impía de los ideólogos del siglo pasado. Es preciso proporcionar hoy más que nunca á nuestras jóvenes generaciones, especialmente á las que se dedican al estudio de las ciencias exactas y matemáticas, el contraveneno de una piedad palpable, sólida y práctica en supremo grado. La costumbre de orar, que eleva al alma; la confesión frecuente, que la hace humilde,



pura y fiel, la frecuente **Comunión**, que le da fuerza y luz, con la vivificante suavidad del amor de Jesucristo; las obras de misericordia y de caridad: ved ahí lo que más que nunca les es indispensable para hacerles volver inmediatamente á la vida real, es decir, á la vida del espíritu, de la inteligencia, del corazón, y de todo lo que constituye el hombre y el cristiano. Si á una piedad viva pueden agregar la vida de la familia, se librarán en gran parte de los peligros del fetichismo moderno de las ciencias.

No me cansaré de repetirlo: la educación racionalista y científica es el azote más terrible tal vez, en estos tiempos, de la Iglesia, de la Francia y de la Europa entera.

Una palabra ahora sobre el segundo de los abusos que más arriba hemos consignado, es á saber, sobre el exceso de esos estudios.

### XXIII

**Del otro abuso de la educación científica moderna, que consiste en el estudio excesivo.**

No basta sólo estudiar cristianamente; se requiere al propio tiempo estudiar prudentemente. Y aquí nos encontramos con otro vicio radical del moderno sistema de la educación científica: este vicio es el exceso insensato, es la demasia. No se alimenta á la juventud; se la harta: no se carga el cañón; se le llena hasta la boca.

Primero se empuja á todo el mundo hacia las cien-

cias; luego hasta á aquellos que deben ser empujados á ella se les propina de ella una dosis tal que acaba por indigestárseles.

Se empuja á todo el mundo hacia los estudios científicos, matemáticos y otros; se quiere vaciar á todo el mundo en un mismo molde; se quiere que todos lo sepan todo. Ahí está la ideología en un grado superlativo. Ahí está la destrucción de la sociedad, que es el armonioso conjunto de una porción de órganos, esencialmente unidos unos con otros, pero esencialmente distintos éstos de aquellos. La vida de la sociedad, como la vida del cuerpo humano, es la resultante de mil funciones diversas, todas en su género excelentes, unas muy modestas, muy levantadas otras, pero todas necesarias, todas subordinadas, y completándose todas por medio de una recíproca existencia. El sistema moderno supone que es mucho más perfecto el que todos los miembros se transformen en otras tantas cabezas, de modo que no haya en el cuerpo ni pies, ni piernas, ni brazos, ni otro miembro alguno que dependa y sea esclavo del orgulloso cerebro. Es preciso que cada uno de ellos lo sepa todo, pueda llegar á todo, y aspire legítimamente á todo. Esto es lisa y llanamente la igualdad revolucionaria aplicada á la educación.

¿Qué resulta de ahí? ¿Y que resultará cada día más? Una sociedad de bachilleres, de individuos desautorizados, ambiciosos y no más que medianos, vanidosos é inútiles, que se mueren de hambre,<sup>14</sup> que toman por



asalto los empleos, que desprecian la agricultura y el verdadero trabajo; que no teniendo que perder, traman y hacen revoluciones. Todos esos individuos, perfectamente ignorantes en materia de religión, no tienen más que desprecio para la Iglesia, que les ha sido representada como enemiga del progreso y de las luces.

Que se dediquen á las ciencias y á los estudios especiales todos aquellos que para ella tienen capacidad y cuya vocación requiere este género de estudios, es muy natural. Pero pretender que todo el mundo los abrace es una locura. ¿Qué necesidad hay de saber la química para ser buen militar? ¿las matemáticas y álgebra para ser abogado? la física, la astronomía y la historia natural para ser magistrado? ¿el griego para ser ingeniero? Si un joven tiene buena apostura, destreza, un nombre, valor y honor, ¿es justo que porque carezca de disposiciones para las ciencias, y porque no comprende la literatura griega, ni el álgebra, tenga ya cerradas las puertas de todas las carreras? No es así como trataba la Iglesia á los hombres. El mayor servicio que se podría prestar á nuestra pobre sociedad, sería mandar á paseo todo ese extravagante hato de ciencias, acumuladas por un sistema que no ha sabido ó no ha querido distinguir los conocimientos útiles á todo el mundo, de esas ciencias especiales que no son necesarias más que á determinadas profesiones.

En cuanto al número esencialmente limitado de aquellos cuya aptitud impele más especialmente al estudio de las ciencias, la educación científica moderna

les fatiga y acaba por rendirles. Para entrar en todas esas escuelas especiales que no hacen más que enseñar los rudimentos de las carreras, se requiere un número de conocimientos que es imposible tener. El joven que se presenta á exámenes se ve precisado á hacer frente por sí solo á ocho ó diez hombres especiales que no se burlan; y ese infortunado tiene que ser fuerte en todo, en literatura, en latín, en griego, en historia, en geografía, en aritmética, en geometría, en álgebra, en física, en química, en historia natural, en geología, en cosmografía, en astronomía!!!... No hay otro método más seguro para lograr que para siempre aborrezca la ciencia una desventurada juventud, cuya cabeza se halla enredada y, por decirlo así, obstruida con esa amalgama de conocimientos indigestos.

Principalmente en el estudio de las ciencias matemáticas es donde más palpable se hace este abuso, porque estos son estudios más abstractos y que requieren una atención más continua. La mayor parte de esos pobres jóvenes que durante tres, cuatro y cinco años consecutivos se han alimentado casi exclusivamente de abstracciones, casi dan lástima de ver: su juventud languidece y su inteligencia se consume, rendida por ese insostenible trabajo. Altéranse á la par su salud y su talento; y gastados por un trabajo forzado, como gastan á otros las orgías, á muchos se les ve perecer en la flor de su edad. A esos infelices en la jerga escolar se les da el dictado de *tontos*.

El estudio racionalista y exagerado de las ciencias,



tal como hoy se practica, es por lo tanto un abuso lamentable, contra el cual reclaman á la par la fe y el buen sentido. Rebaja el nivel de las almas, y encorva al hombre hasta la tierra, alejándole de su eterno destino.

Los Angeles del monte de los Olivos decían á los Apóstoles y á los quinientos discípulos que acababan de ver al Señor ascendiendo corporalmente al cielo: “¿Por qué os quedáis así con los ojos fijos en el cielo?” A los hombres de nuestro tiempo se les debe decir todo lo contrario, pues se les debe preguntar: “¿Qué tenéis, pues, con estaros así mirando siempre la tierra, no pensando más que en la tierra? Mirad arriba: vivid donde está la verdadera vida.”

## XXIV

Cuán absoluta, razonada y profundamente científica es la certeza de la fe.

Con la certeza de la fe pasa lo que con otra certeza cualquiera: es razonada, y por consiguiente razonable; es científica, que equivale á decir que está demostrada á los ojos de la razón; y es absoluta como toda verdad lo es. Vais efectivamente á verlo.

Todo el edificio de la fe cristiana y católica descansa en los hechos. “No es, decía el apóstol San Pedro á los primeros cristianos, no es por medio de sabias teorías como os hemos anunciado la venida de Nuestro Señor Jesucristo, sino con el título de testigos ocula-

res de sus grandezas (1).” Y San Juan proclamaba igualmente este carácter histórico de la predicación evangélica, cuando decía: “Lo que nosotros hemos oído, lo que con nuestros ojos hemos visto, lo de que por nosotros mismos hemos podido convencernos, lo que con nuestras manos hemos tocado respecto al Verbo de vida, es decir, á Jesucristo, esto es lo que atestiguamos y lo que os anunciamos (2).” Y como si esto no fuera todavía suficiente, repite el Apóstol: “Sí, lo que hemos visto, lo que hemos oído es lo que predicamos, á fin de que participéis de ello con nosotros.” Los Apóstoles, primeros predicadores de la fe, fueron testigos, meramente testigos.

El Cristianismo, pues, descansa en hechos, en los hechos de Cristo en el Evangelio, y secundariamente en los de los Apóstoles.

Además, nada hay tan sencillo y á la par tan racional, tan científico y tan absoluto como la certeza de un hecho: es la certeza histórica de que hace poco hablabamos. La certeza de los hechos apostólicos es de tal modo luminosa, y se hallan estos hechos rodeados de tales garantías de verdad, que en cuanto se pretende atacarlos hay ya necesidad inmediata de salirse de todas las reglas conocidas de la lógica, de la recta razón y del buen sentido. Los que los niegan se ven precisados á establecer reglas de crítica tan absurdas ó á re-

(1) Epist. II, 1, 16.

(2) Epist. I, 1, 1.



tal como hoy se practica, es por lo tanto un abuso lamentable, contra el cual reclaman á la par la fe y el buen sentido. Rebaja el nivel de las almas, y encorva al hombre hasta la tierra, alejándole de su eterno destino.

Los Angeles del monte de los Olivos decían á los Apóstoles y á los quinientos discípulos que acababan de ver al Señor ascendiendo corporalmente al cielo: “¿Por qué os quedáis así con los ojos fijos en el cielo?” A los hombres de nuestro tiempo se les debe decir todo lo contrario, pues se les debe preguntar: “¿Qué tenéis, pues, con estaros así mirando siempre la tierra, no pensando más que en la tierra? Mirad arriba: vivid donde está la verdadera vida.”

## XXIV

Cuán absoluta, razonada y profundamente científica es la certeza de la fe.

Con la certeza de la fe pasa lo que con otra certeza cualquiera: es razonada, y por consiguiente razonable; es científica, que equivale á decir que está demostrada á los ojos de la razón; y es absoluta como toda verdad lo es. Vais efectivamente á verlo.

Todo el edificio de la fe cristiana y católica descansa en los hechos. “No es, decía el apóstol San Pedro á los primeros cristianos, no es por medio de sabias teorías como os hemos anunciado la venida de Nuestro Señor Jesucristo, sino con el título de testigos ocula-

res de sus grandezas (1).” Y San Juan proclamaba igualmente este carácter histórico de la predicación evangélica, cuando decía: “Lo que nosotros hemos oído, lo que con nuestros ojos hemos visto, lo de que por nosotros mismos hemos podido convencernos, lo que con nuestras manos hemos tocado respecto al Verbo de vida, es decir, á Jesucristo, esto es lo que atestiguamos y lo que os anunciamos (2).” Y como si esto no fuera todavía suficiente, repite el Apóstol: “Sí, lo que hemos visto, lo que hemos oído es lo que predicamos, á fin de que participéis de ello con nosotros.” Los Apóstoles, primeros predicadores de la fe, fueron testigos, meramente testigos.

El Cristianismo, pues, descansa en hechos, en los hechos de Cristo en el Evangelio, y secundariamente en los de los Apóstoles.

Además, nada hay tan sencillo y á la par tan racional, tan científico y tan absoluto como la certeza de un hecho: es la certeza histórica de que hace poco hablabamos. La certeza de los hechos apostólicos es de tal modo luminosa, y se hallan estos hechos rodeados de tales garantías de verdad, que en cuanto se pretende atacarlos hay ya necesidad inmediata de salirse de todas las reglas conocidas de la lógica, de la recta razón y del buen sentido. Los que los niegan se ven precisados á establecer reglas de crítica tan absurdas ó á re-

(1) Epist. II, 1, 16.

(2) Epist. I, 1, 1.



fugiarse en suposiciones tan evidentemente imposibles, que el refutar sus impiedades corresponde más bien á la sátira que á la crítica formal.

Evidente prueba de ello son los ataques que la incredulidad contemporánea dirige á la veracidad de los hechos y de los milagros del Evangelio. Strauss, Salvador y Renan no son á la verdad unos ignorantes; saben mucho, y han trabajado largos años; han sudado sangre y agua para terminar sus libros; y esos libros ¿qué son? Una porción de alegatos sin pruebas, de insolentes negaciones y de increíbles puerilidades: en cada línea se descubre la mala fe acompañada constantemente de la blasfemia. Abundan en ellos las contradicciones, y no sólo abundan, sino que por añadidura se combaten victoriosamente unas con otras, como tan sabiamente lo han hecho observar el P. Lacordaire en tres conferencias, cuya lectura recomendamos al lector (1).

“Los hechos de Sócrates y de César, de los que nadie duda, dice Rousseau, no están tan probados como los de Jesucristo.” Absurdo sería querer dudar de los hechos de la vida de Sócrates y de la de César, por lo menos de sus hechos principales. Absurdo sería querer dudar de esos grandes hechos evangélicos de que fué testigo un pueblo entero, compuesto de enemigos más bien que de amigos; hechos cuyos testigos se han

1 También A. Nicolás ha dedicado á este asunto un capítulo de su precioso libro *La Divinidad de Jesucristo*.

hecho matar para demostrar á la tierra toda la verdad de su testimonio; hechos en los que descansa definitivamente nuestra fe razonada en la divinidad de Jesucristo. Es imposible que un hombre sensato que estudie de buena fe, ponga por ejemplo la resurrección de Lázaro, ó la multiplicación de los panes en el desierto, ó la curación del ciego de nacimiento, deje de quedar convencido de la realidad histórica de estos hechos.

Reto á cualquiera que sea, por poca conciencia que tenga, á que estudie, sin hallarse convencido, el grande hecho de la resurrección de Cristo y el hecho no menos divino de su ascensión visible al cielo en presencia de más de quinientos testigos. Podrá no quedar convertido su corazón, porque la conversión no es, como la simple convicción científica, un fenómeno puramente intelectual; pero quedará convencido, y ninguna objeción formal que hacer tendrá á la realidad material de los hechos.

Ni antes ni ahora han podido los enemigos del Cristianismo oponer cosa alguna plausible ni formal á la verdad de los hechos evangélicos, y por consiguiente á la verdad razonada de nuestra fe. Jamás han podido los dientes de las serpientes mellar el terrible acero de esta lima, mientras que la lima ha ido con regularidad gastando y rompiendo sus venenosos dientes. La última dentellada, la de Renan, ha experimentado la misma suerte que las otras, y ya los quebrados dientes de la serpiente se clavan en la tierra bajo nuestros pies. Este impío decía hablando del Señor: “Por de pronto,



está ya muerto y enterrado." Y ha sido él el infeliz quien se ha encontrado casi instantáneamente enterrado bajo el peso del ridículo, y humillado bajo el del desprecio de la verdadera ciencia.

Mas la verdad de la fe no descansa únicamente en la verdad ó certeza histórica; apóyase también en la certeza moral y en la certeza de la conciencia. Estas nos hacen sentir la divinidad y la santidad del Evangelio; éstas nos proporcionan la evidencia del corazón, mientras que aquella nos da la del espíritu; éstas nos hacen sentir lo que la otra nos hace conocer.

Decía hace poco que se puede estar convencido sin creer. Nada hay más cierto que esto. La fe es, en efecto, ante todo, una gracia de Dios. Pero cuando se es recto y sincero ante Dios, cuando se tiene el corazón puro y se es generoso partidario de la verdad, jamás rehusa Dios el don de gracia, y la ley sobrenatural de la fe viene á unirse á la convicción natural que el espíritu se ha formado por medio de un concienzudo estudio. Al trabajo del hombre viene á unirse el de Jesucristo; á la luz natural se une la sobrenatural; y la razón, iluminada por Dios, se ve coronada y deificada por la fe.

Es un error profundo y desgraciadamente harto generalizado, el creer que la fe y la ciencia no pueden avenirse. Nada más falso que esto; pues la fe es una luz sobrenatural que se hermana admirablemente con la ciencia natural. Es el telescopio que se aplica al ojo. La luz de la fe queda completamente distinta de la luz

de la ciencia, aunque esté con ella íntimamente unida; y el fruto de esta unión es el cristiano, el sabio cristiano.

Nada tan razonable como un sabio cristiano; nada tan razonado como su fe. Nada tan sublime como la teología, que es el trabajo de la razón apoyada en las luces divinas de la fe. Nada tan poderoso como la razón de un filósofo cristiano; nada tan lógico y tan patente como la ciencia de un verdadero teólogo.

Por otro lado, nada hay más lógico, nada más débil, nada menos respetable que la falsa ciencia que, abrigándose con el sagrado manto de la verdadera, va de contradicción en contradicción, de error en error, y es tan contraria á la ciencia como á la fe.

Observemos, antes de concluir, que siendo nuestra razón una é indivisible, como ya queda dicho, *debe* ella admitir, so pena de dejar de ser lo que es, las verdades exactas en que se apoya la certeza razonada de la fe, del mismo modo que debe admitir las verdades matemáticas ó las que se apoyan en el testimonio de los sentidos. Esto es evidente. Y así nuestra razón está tan convencida de las verdades de la fe como de otra verdad cualquiera. Es tan absolutamente cierto que Jesucristo es Dios, que el Papa es su Vicario, que la Eucaristía es su Cuerpo, que hay un infierno y un paraíso eterno, como es cierto que dos y dos son cuatro, que ha existido Luis XIV, que existe una ciudad llamada Roma, y otro sinnúmero de verdades por el estilo. La misma certeza absoluta es producida por la



misma evidencia, y es la misma razón la que, de buena ó de mala gana, adquiere esta evidencia y esta certeza.

Para resistirse á esta consecuencia lógica es menester conformarse con caer en el escepticismo absoluto, con dudar absolutamente de todo, con meterse la razón en el bolsillo, en fin, con volverse totalmente loco. A falta de esta locura, que es imposible, hay la mala fe, que es muy posible y muy frecuente; desvíanse los ojos de las desagradables verdades que no se quieren ver; se niegan, porque se temen; y se temen, porque se sabe que existen.

Así, pues, por ningún concepto es arbitraria ni supersticiosa la fe: es por el contrario plenamente razonada y soberanamente razonable; tiene el carácter lógico que debe presidir á todas las operaciones de la razón y de la verdadera ciencia, y es absoluta, porque es la *verdad*.

## XXV

Que la Iglesia no excluye la ciencia en el siglo XIX, como tampoco la excluyó antiguamente.

Los racionalistas modernos admiten con mucho gusto que antiguamente, hasta la época de Voltaire, hasta el 89, la Iglesia ilustró é hizo mucho bien á la humanidad. Se dignan confesar que el cristianismo la arrancó de la barbarie, civilizó las costumbres y preparó el camino á la moderna sociedad. La Iglesia produjo los

benedictinos, los doctores, los sabios de la edad media. San Agustín, San Bernardo, Alberto el grande y Santo Tomás de Aquino son á la verdad hombres grandes que han honrado á un mismo tiempo la Religión y la humanidad. Pero, añaden ellos, nosotros, los hombres del progreso moderno, nos hallamos muy por encima de ese pasado relativamente glorioso. Nos hemos apoderado de la corona de la ciencia que por tanto tiempo ha estado en poder de la Iglesia, y no la soltaremos. En lo sucesivo nosotros seremos y somos ya la luz, la ciencia, el progreso, la civilización, la libertad del espíritu. La Iglesia, buena para nuestros padres, no lo es ya para nosotros; ha pasado ya su tiempo: ¡que nos deje el campo libre á nosotros, los hijos del porvenir, los hombres del progreso indefinido!

Todo esto es bueno y bonito; pero es poesía revolucionaria y nada más. No es esta la cuestión: la cuestión toda entera está en estos tres puntos fundamentales: 1º ¿Hay un Dios, vivo y personal, Creador y providencia del mundo?—2º ¿Hizo milagros Jesucristo para probar que era Dios hecho hombre? ¿Resucitó? ¿Es Dios?—3º ¿Es la Iglesia católica la depositaria de la palabra de Dios y de Jesucristo? El Papa y sus obispos, sucesores de San Pedro y de los demás Apóstoles, ¿son los enviados por Jesucristo con el encargo de instruir á la humanidad, y de enseñarnos á todas las verdades que es preciso creer y los deberes que es preciso practicar para llegar con seguridad á nuestro eterno destino?



Ved ahí muy sencilla y muy positiva la cuestión. Nuestros charlatanes, con los pliegues y repliegues de sus retumbantes frases, hacen todo lo posible para sus traerse á ella; pero nosotros, hombres lógicos y formales, no nos dejamos sorprender con frases bonitas, y exigimos que nos acompañen hasta el fondo de las cosas. Si la Iglesia es de Dios, decidme: ¿Qué es esa amalgama de verdades incompletas, de hipótesis dudosas, de afirmaciones mal probadas, de descubrimientos incoherentes que con el pomposo nombre de ciencias modernas se levantan contra la Iglesia y le declaran la guerra? Si la Iglesia es de Dios, ¿cómo es posible que ella excluya á la ciencia, la verdadera ciencia, que también pertenece á Dios? La Iglesia es de Dios; luego, *à priori*, es imposible que la Iglesia excluya á la ciencia.

La Iglesia en todos tiempos ha sido la madre, la protectora y conservadora de la ciencia, y lo es todavía hoy y lo será siempre. Ella guía los pasos de la ciencia y la priva de extraviarse, lo cual ha hecho decir al célebre Bacon: "La Religión es el aroma que impide que la ciencia se corrompa." Efectivamente, la ciencia no tiene otra guía que la vacilante antorcha de una razón falible; mientras que la Iglesia tiene en su mano la infalible luz del mismo Dios. *Yo soy la luz del mundo*, dice el Rey de la Iglesia; *el que me sigue jamás camina entre tinieblas*.

Verdad es que de un siglo acá muchos hombres ignorantes ó perversos han querido, como el hijo pródi-

go, llevarse la ciencia á guisa de bagaje, y hacerla abandonar con ellos la mansión paterna; pero la ciencia, hija de Dios, no se ha dejado arrebatar por esos culpables imprudentes. Los hijos pródigos que pretenden tenerla consigo y hacerla partícipe de sus criminales desórdenes, se engañan groseramente: han arrebatado á una mala sirvienta, traidoramente engalanada con los regios ropajes de la hija de la casa; y no es la ciencia su señora, como el error tampoco es la verdad. Los sabios incrédulos, llevando en el pecado la penitencia, son víctimas de su misma ciencia que les ciega, les embriaga, les envenena, les corrompe y les mata.

Más ¿por qué, pues, son tantos los que se figuran que la Iglesia es la enemiga de la ciencia? Por muchas razones muy fáciles de comprender.

Primeramente, porque la gente del mundo confunde fácilmente la ciencia con las apariencias de la ciencia. Como que la Iglesia rechaza soberanamente la falsa ciencia, cuyo peligro hemos señalado hace poco; como que ella condena enérgicamente esa mal llamada ciencia, fuente de mil errores, los espíritus superficiales ponen el grito en el cielo, nos acusan de obscurantistas y declaran rotundamente que somos nosotros enemigos de la ciencia. Y sin embargo, por la centésima vez lo repetimos: nosotros somos enemigos de la falsa ciencia, no de la verdadera.

En segundo lugar, confúndese á menudo la ciencia con los sabios, siendo así que no es una misma cosa. Ahí tenéis un sabio, un gran sabio; pero ese sabio es



un impío, un hereje, un revolucionario, un hombre que se sirve de su saber para atacar á la Religión: ¿no tenemos el derecho de tratarle como á un enemigo? Y por eso rechazamos la ciencia?

En tercer lugar, lo que á veces hace que parezca que no amamos la ciencia, son los legítimos temores que manifestamos en vista de los multiplicados abusos que de ella se hacen. Atendida la perversidad humana, son muchos los bellos descubrimientos inútiles en sí y que más aprovechan para el mal que para el bien, como entre ellos pueden citarse la imprenta y el vapor. Indudablemente no tienen la culpa esos descubrimientos, ni la tienen los sabios que los hicieron, ni mucho menos la ciencia que es su origen; y sin embargo, por su resultado final, que es generalmente malo bajo el punto de vista de las almas, la Iglesia contempla con cierto disgusto esas conquistas de la industria, á las cuales por otra parte se guarda muy bien de negar una justa admiración.

Por fin, conviene no echar en olvido las calumnias gratuitas é incesantes de los herejes y de los impíos, que desde hace dos ó tres siglos están tramando contra la Iglesia la temible conspiración de la mentira. "Mintamos, mintamos osadamente, decía Voltaire: siempre quedará algo." Se nos cree enemigos de la ciencia porque se ha dicho así, y se ha de repetir, y no cesa de repetirlo en todos los tonos la prensa impía. — Y ved ahí de dónde proviene la absurda suposición de que la Iglesia rechaza la ciencia.

Por lo demás, ahí están los hechos. ¿Acaso Bacon, Copérnico, Leibnitz, Newton, Pascal, Kepler y Descartes no creían en Dios y no adoraban á Jesucristo? Y sin embargo eran unos sabios, y unos sabios de primer orden.

Y en este mismo siglo ¿no cuenta la fe cristiana entre sus hijos mil nombres que la ciencia ha hecho ilustres? Cauchy, Ampère, los dos Champollion, Biot, Marcelo de Serres, Elías de Beaumont, Cuvier, Blainville, Le-Verrier, el Dr. Sepp, el célebre arqueólogo Rossi, Caumont y otros, y en las mismas filas del sacerdocio los cardenales Mai, Mezzofante y Pitra; el P. Patrizi, el P. Jouvvert, el P. Secchi, el Rdo. Moigno y otros muchos ofrecen un testimonio de esta verdad, probando evidentemente que la Iglesia, lejos de excluir á la ciencia, la cultiva y la venera, hoy lo mismo que antes.

No excluye la Iglesia á la ciencia, como tampoco excluye la ciencia á la Iglesia: son la madre y la hija, la gracia y la naturaleza, la fe y la razón; Dios quiere que estén unidas, pero al mismo tiempo subordinadas. La Iglesia debe ir siempre delante, porque es del cielo y al cielo conduce, mientras que la ciencia es de la tierra; pero lo que Dios ha unido, nadie tiene el derecho de separarlo. Pretender que la Iglesia y la ciencia son dos enemigas, es blasfemar, es insultar á la ciencia tanto como á la Iglesia, es dar pruebas ó de ignorancia ó de mala fe.

La fe está delante de la ciencia, como está la luz de



Dios delante de la luz del hombre; ambas á dos son luces. La fe, lejos de temer á la ciencia, la llama y la venera; y por su parte la ciencia, la verdadera ciencia, lejos de temer á la fe, le rinde homenaje y se arrodilla con ella ante Nuestro Señor Jesucristo, á quien apellida la Escritura "el Dios de las ciencias."

Hay muchos y excelentes libros á los que puede acudir el lector que desee profundizar estas cuestiones tan importantes y de actualidad; pero lo que me atrevo á pedirle sobre todo encarecimiento, es que, si algunas dificultades se le ofrecen, vaya á exponerlas con toda franqueza y sencillez, como corresponde á un espíritu recto, á algún sacerdote, á algún religioso que sea hombre de saber y de piedad. Nada es tan fácil como llegar al conocimiento de la verdad cuando se va hacia él con buena fe.

No digo solamente un sacerdote, un buen sacerdote; digo un sacerdote que tenga saber y que esté versado en estas materias, pues nó todos lo están y no todos pueden estarlo, absorbidos como se hallan en su mayor parte por los trabajos de su ministerio apostólico. Unas cuantas conversaciones íntimas con uno de esos venerables sacerdotes son el medio más sencillo y más eficaz para desvanecer todas las dudas, para distinguir lo verdadero de lo falso, y para adquirir á un mismo tiempo el doble tesoro de la convicción del espíritu y la conversión del corazón.

Pido al Señor que se digne bendecir á todos los lectores de esta obrita y concederles la gracia de una fe

profunda. Suplícole que les haga evitar el escollo mortal de la falsa ciencia, el no menos peligroso de la ciencia orgullosa, y esta especie de culto de que hoy es el objeto de la ciencia humana.

Al fin y á la postre la adoración de la ciencia no es más que la adoración de la materia pérfidamente combinada con la de nuestro propio espíritu. Esta idolatría sutil es todavía más peligrosa que la antigua idolatría; es una de las manifestaciones más palpables de la decadencia de la fe y de la razón producida por el pretendido Renacimiento, por el protestantismo, por la francmasonería, por el cesarismo y por la revolución, en una palabra, por lo que se llama el *espíritu moderno*.

Dígnese el Señor, por medio de su santa gracia, preservarnos del contagio y hacernos crecer cada día más en la ciencia de la verdad, que es ante todo la ciencia de la fe.

FIN.

®





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE B

## ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo .....	3
Del abuso que en nuestros días se hace de la palabra ciencia .....	7
Lo que es la ciencia .....	9
Los descubrimientos de la ciencia en nada contradicen las verdades de la fe .....	13
<i>Primera objeción.</i> —Según el sistema de Laplace, no hay necesidad de un Dios creador para explicar la formación de la tierra. ....	15
<i>Segunda objeción.</i> —A los ojos de la ciencia moderna está probado que la Biblia se equivocó cuando nos dice que la creación es obra de seis días .....	21
<i>Tercera objeción.</i> —Antiguos monumentos descubiertos en Egipto y en el Oriente, echan completamente por tierra la cronología de la Biblia, señalando al mundo habitado una antigüedad infinitamente mayor .....	25



## Paginas.

<i>Cuarta objeción.</i> —El fenómeno de la generación espontánea, probado por la ciencia moderna, explica perfectamente la existencia del hombre sin necesidad de recurrir al Creador.....	29
<i>Quinta objeción.</i> —El hombre no es más que un mono perfeccionado.....	32
<i>Sexta objeción.</i> —La fisiología ha descubierto que el pensamiento no es más que una secreción del cerebro.....	36
<i>Séptima objeción.</i> —Para la ciencia moderna no hay vicios ni virtudes, sino simples protuberancias y temperamentos.....	40
<i>Octava objeción.</i> —El diluvio, por más que diga el Génesis, no fué universal.....	46
<i>Novena objeción.</i> —El sol no gira al rededor de la tierra, y este hecho destruye por su base el milagro de Josué y todo el sistema cristiano.....	48
<i>Décima objeción.</i> —El hecho muy probable de la pluralidad de los mundos habitados se concilia muy poco con el misterio de la Encarnación.....	53
<i>Undécima objeción.</i> —La ciencia no encuentra en parte alguna el sitio del cielo, del infierno y del purgatorio.....	58
<i>Duodécima objeción.</i> —El Cristianismo no es más que una derivación y un perfeccionamiento de las antiguas religiones semíticas.....	63
<i>Décimatercia objeción.</i> —Según los cálculos de la ciencia, el mundo tiene que acabar por medio del frío, en setenta ó setenta y dos mil años.....	68
<i>Décimacuarta objeción.</i> —La ciencia moderna no admite el milagro: el milagro es física y científicamente imposible.....	72
De la pretensión que la ciencia moderna tiene, de no admitir sino lo que comprende.....	78

## Paginas.

Que no basta el conocimiento de las causas secundarias para constituir un verdadero sabio....	83
Que en materia de religión sucede muy á menudo que los sabios son prodigios de ignorancia....	86
Por qué las ciencias exactas falsean á menudo el criterio y alejan de la fe.....	90
Del abuso que en nuestros días se hace de los estudios científicos, matemáticos y demás.....	97
Del otro abuso de la educación científica moderna, que consiste en el estudio excesivo.....	104
Cuán absoluta, razonada y profundamente científica es la certeza de la fe.....	108
Que la Iglesia no excluye la ciencia en el siglo XIX, como tampoco la excluyó antiguamente.	114



## EL MODERNO OLLENDORFF INGLÉS

INTUITIVO.

Método más bien práctico que teórico, para aprender con perfección la lengua inglesa, por medio de una combinación enteramente desconocida y formada de los célebres sistemas del Dr. Ollendorff y del intuitivo de los Dres. J. E. y M. Lehman, adoptado este último para los establecimientos de Alsacia, por E. Rode.

Esta obra está dividida en tres partes, que contienen: Un tratado completo de pronunciación. Una gran serie de lecciones, desde las más fáciles hasta las más difíciles, y tan cortas que en la misma cátedra podrán aprenderlas, no solo niños y niñas, sino aun personas adultas, cuyas ocupaciones diurnas no les permitan dedicarse á estudio alguno. Dicho curso está arreglado á un año escolar y se ha señalado á cada día su lección correspondiente. De diez en diez lecciones se encontrarán ejercicios sumamente prácticos escritos en inglés en forma de cuestionarios, cuyas preguntas deberán contestar también en inglés los discípulos intuitivamente, así como á las de los gramaticales que contienen un resumen de las notas expuestas en las diez lecciones y se hayan en la parte baja de las páginas. Estos cuestionarios son de muy útil uso en los exámenes, y sirven, además, de poderoso estímulo á los discípulos. Y por último, un tratado bien combinado de lectura y traducción.

Edición de 1890, última publicada.

Un grueso tomo de 250 páginas en cuarto con clave por separado, rústica

2 PESOS EJEMPLAR.

## LA SUJECION DE LAS MUJERES

POR

STUART MILL

El autor, conocido y estimado en todo el mundo por sus obras filosóficas y por sus ideas acerca de la educación de la mujer, conforme á los adelantos intelectuales modernos, se propone en este libro explicar con la mayor claridad posible, las razones en que reposa su opinión sobre las relaciones sociales de ambos sexos, que subordinan un sexo al otro y forman hoy uno de los principales obstáculos que se oponen al progreso de la humanidad, é indica la manera como deben ser substituidos por una igualdad perfecta, sin privilegio ni poder para un sexo y sin incapacidad para el otro.

Traducido del inglés por un mexicano.

Obra que no debe faltar en ningún hogar y muy propia para obsequiar á una dama.

Un tomo de 212 páginas, rústica

62 CENTAVOS.



## EL INTERPRETE EN EL BOLSILLO.

LIBRO INDISPENSABLE  
PARA EXPRESARSE EN INGLÉS SIN NECESIDAD  
DE ESTUDIARLO.

Esta obra, en la que no existen reglas gramaticales, sino solo prácticas, mucha práctica, contiene cuanto es necesario saber para todas las circunstancias de la vida, como lo indica la siguiente tabla:

Para saludar.—Diversos parentescos.—Días de la semana.—Meses del año.—Efectos de escritorio y colores.—Números.—Medidas.—Monedas.—Tiempo.—Para viajar.—Para ir en coche á la ciudad.—Para ir al hotel.—Para visitar una ciudad y sus alrededores.—En un jardín.—En un cajón de ropa.—En una ferreteria, perfumería, cristalería, sastrería, etc., etc.

Las páginas de la izquierda tienen las frases en español y las de la derecha en inglés, con la pronunciación figurada de dicho idioma que facilita mucho el aprendizaje. Como las páginas que tienen las frases en español tienen también su pronunciación figurada en inglés, es igualmente útil á los americanos que quieren aprender el español.

Un tomo rústica, edición de 1891, 50 cents.





Fragment of a white label with some illegible text, possibly including the number '000'.

000

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS